

En Madrid 12 rs. el trimestre.
Redaccion, Pretil de los Consejos,
número 3.
En provincias 15 rs. el trimestre.
En casa de los comisionados ó median-
te libranzas.

EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO OFICIAL DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID Y DE LA SOCIEDAD DE SOCORROS MÚTUOS.

RESUMEN.

ESCRITOS ORIGINALES. Reforma sanitaria.—FILOSOFÍA MÉDICA. Contestacion del Sr. Acevedo al Sr. Quintana sobre la teoría cosmogénica del cólera morbo.—ASUNTOS PROFESIONALES. La nivelacion de las categorías médicas no está reclamada por las necesidades de los pueblos, ni puede considerarse como justa reparacion de las clases puras.—PARTE OFICIAL. Proyecto de Ley de sanidad.—SOCIEDAD MÉDICA GENERAL DE SOCORROS MÚTUOS. Comision central. Secretaria general.—CORRESPONDENCIA. Súplica de un médico puro muy metódico, á los señores redactores de los periódicos médicos.—CRÓNICA.—VACANTES.

ESCRITOS ORIGINALES.

Reforma sanitaria.

II.

Si con un servicio bien establecido en las costas puede precaverse la importacion por mar de las enfermedades reputadas por trasmisibles, son, en efecto, de muy difícil ejecución las disposiciones establecidas antes de ahora para los pueblos epidemiados, ineficaces por lo mismo casi siempre, vejatorias sin resultado para el público, y de consecuencias hasta inhumanas en la muchedumbre poco ilustrada; por lo cual nos parece acertado que se prohiban de un modo general, dejando sin embargo á la prudencia del Gobierno, competentemente asesorado por el Consejo de sanidad, la adopcion de las medidas coercitivas que circunstancias especiales pueden exigir alguna vez. Ofrecese circular á las juntas de sanidad las instrucciones convenientes para los casos de epidemia, á fin de que se adopten con inteligencia las disposiciones necesarias para atenuar sus estragos, y esto nos parece suficiente acerca de este particular, contando con una buena organizacion de las espresadas juntas provinciales y municipales, encargadas de su ejecución.

En establecer una Academia de Medicina con iguales consideraciones y categoría que las otras Reales Academias, creemos que se satisface una gran necesidad reclamada hace tiempo por el progreso de la ciencia y la dignidad de la profesion. Mengua era, ya por cierto, que en este país se hallaran nuestras Academias tan desatendidas, arrastrando una existencia oscura, cuando en todos los demas Estados brillan por su importancia, y cuando en el nuestro mismo existen otras de varias clases que gozan de la mayor consideracion.

Pero si bien aplaudimos que la reforma haya comprendido este punto principal, considerando que una Academia de Medicina puede prestar importante auxilio al Consejo de sanidad para la resolucion de problemas áridos de salubridad pública, no nos parece equitativo y conveniente el modo como se propone su planteamiento. ¿Qué razon habrá habido para que, respetando la existencia de todas las Academias que existen en las provincias desde el antiguo Reglamento, se desentienda el proyecto de la de Madrid?

Si razones hay, y muy fundadas en verdad, para respetar las de provincias, ¿por qué dar implícitamente por disuelta la de esta Corte? Ninguna se aduce que abone esta inconsecuencia. No se borra con justicia ni inconveniencia la historia de una corporacion científica que viene creada por Real cédula des-

de 1734, contando por lo tanto mas de un siglo de existencia; que ha tenido siempre en su seno á los mas ilustres profesores nacionales y estranjeros; que ha desempeñado trabajos de notable interés, y que ha servido constantemente á la administracion pública en asuntos de sanidad y de medicina forense. Tan extraño proceder no podrá nunca tener por fundada excusa el que no brillen sus trabajos desde algunos años atrás; pues en primer lugar, si estos no han sido conocidos, no por eso han dejado de ser importantes y de gravedad para el servicio público, y además no podia tener gran estímulo una corporacion que no ha tenido hasta últimamente, y por poco tiempo, un lugar fijo y decoroso donde estar constituida; que solo ha contado con un presupuesto que apenas basta para mantener los precisos dependientes; que ha estado dirigida por un reglamento que los cambios administrativos han dejado reducido casi á la nulidad; que se halla cargada de obligaciones oficiales que la han ocupado sin descanso, y que se encuentra con menos consideracion que las Academias de todas las demás clases. Repárese además que no hay derecho justificable para desairar así á una corporacion que hoy mismo se halla representada por muy dignos profesores que desempeñan los cargos públicos de mas importancia en la profesion, como catedráticos de la Escuela, médicos de la Real Cámara, directores de sanidad, consejeros de instruccion pública y de sanidad del Reino, médicos de los hospitales civiles y militares, y directores de establecimientos de aguas minero-medicinales; que todos han obtenido sus plazas de académicos por derechos muy respetables, en virtud unos de procedencia de la antigua Academia matritense, en que se ingresaba por oposicion, por derecho otras consignado en el reglamento á los catedráticos de la Escuela, y los restantes por el mérito contraído en el ejercicio de oposicion que se halla prescrito. ¿Y los profesores estranjeros que figuran en el catálogo de los corresponsales, habiendo adquirido este honor por obras ó memorias científicas de importancia que al efecto han presentado, ¿en qué lugar se les deja? Adviértase pues que, para proceder con el miramiento debido en esta reforma, es menester crear la nueva Academia sobre la base de la que ya existe en Madrid con antecedentes tan respetables; y con mayor fundamento cuando todas las demás se dejan, aunque con el carácter de incorporadas á la de esta metrópoli.

Es acertado dar á su objeto mayor amplitud haciendo lugar en ella á los farmacéuticos, y aun á profesores distinguidos de veterinaria; así podrán tener ciertas cuestiones la dilucidacion completa que requieran. También conviene exigir para el nombramiento circunstancias que garanticen el saber y experiencia de los individuos que han de componerla, por lo mismo que ha de ser una corporacion de prestigio y de funciones del mas elevado interés; pero es de desear que se sustituya el nombre de médicos al de médico-cirujanos que se emplea al tratar del número de los que deben corresponder á nuestra facultad, ya porque tal denominacion se va haciendo anticuada desde que la enseñanza se uniformó, y ya también porque así quedarían escluidos de la opcion profesores muy dignos que aun restan de la clase de médicos puros.

Echamos de menos la esposicion del objeto de la Academia, si bien de él se hace referencia en el art. 71, en que se dice que las de provin-

cia serán consideradas como secciones de la superior, añadiendo que se ocuparán de varios trabajos que en seguida se espresan, y en el 78 se determina que un real decreto fijará las bases y deberes de la Academia.

Nos parece que de ocuparse la ley de las Academias por la razon indicada, es de rigor que, en artículo separado, se espresen bien el objeto que hayan de tener, tanto la superior como las incorporadas que deben auxiliarla; dejándose consignado con claridad que no solo debe ser este el de ilustrar al Gobierno en las cuestiones de sanidad que tenga á bien consultarla, y desempeñar trabajos permanentes que conduzcan á mejorar la profilaxia pública, sino atender muy principalmente al fomento y progreso de la ciencia para hacer mas útil la profesion, á cuyo fin se la debe señalar en el presupuesto la cantidad suficiente para publicar en épocas señaladas programas de premios sobre puntos oscuros ó difíciles de la ciencia, y recompensar el mérito que contraigan los profesores que á ellos se hagan acreedores.

Preferiríamos que esta idea, espresada en términos adecuados, viniera á sustituir al detalle de los puntos que se consignan en el art. 71, que podrian dejarse para el reglamento con otros de no menor importancia que deberian entonces agregarse.

En cuanto al nombramiento de presidente hecho por S. M., á propuesta del ministro del ramo, para una corporacion científica, opinamos que no es la forma mas acomodada á la índole de estos cuerpos, cuyos individuos numerarios no admiten, bajo el concepto de académicos, preferencias que hagan desmerecer algo á los demás. Es necesario que el cargo de presidente le ejerza quien merezca el aprecio y confianza de la misma corporacion; y mejor que ella no podrá el Gobierno, de seguro, distinguir al que sea mas á propósito para el desempeño del cargo; pudiendo cuando mas accederse, si es mayor consideracion la que se busca por este medio, que viniera aquel á recaer sobre la propuesta que hiciera para el caso no el Ministro sino la misma Academia.

Los subdelegados de sanidad son agentes de administracion indispensables para evitar los abusos é intrusiones en el ejercicio profesional, y está bien que en el proyecto se les destine un capítulo; pero echamos de menos la espresion del significado de este cargo, que debiera estar definido en términos generales, dejando para el Reglamento la especificacion, como se dice, de sus deberes, funciones y atribuciones. Atiéndase á que este cargo, gratuito y enojoso, para ser desempeñado con el celo debido y con el resultado que la ley busca, es indispensable que dé á los profesores que le ejerzan alguna consideracion pública que apoye su autoridad, pues de otro modo sucederá como antes que, por no sufrir desaires que ridiculicen el cargo y á la persona que le ejerza, quedarán en desuso las funciones que les corresponden.

Plausible es el pensamiento de establecer médicos forenses para el desempeño de las funciones relativas al ejercicio de la medicina legal; mas le creemos extraño al objeto de esta ley. Sobre este punto nos parece que bastaba haber consignado en el capítulo XVIII, que trata de los profesores, el deber que les incumbe de auxiliar á los juzgados en las funciones de administracion de justicia; siéndoles de abono, como se espresa en el art. 89, sus derechos



Ventajas para los suscritores.
Pueden tomar las obras publicadas en la Biblioteca de medicina y Museo científico, con la rebaja de un 40 por 100 de sus precios.

y gastos que les ocasione el desempeño de esta obligación por el presupuesto extraordinario de Gracia y Justicia, cuando las partes interesadas no pudieran satisfacerlos, interin se ordena este servicio del modo que el objeto requiere.

En el capítulo que trata de los establecimientos de aguas minero-medicinales, después de hecha la división en unos de planta y otros que no lo son, se determina que el nombramiento de médico-director ha de obtenerse por oposición, dejándose para el reglamento el orden de los ascensos. Es de suponer que esto se refiera á las plazas de propietario, es decir, de establecimiento de planta, y no á las de otra clase que no pueden tener otro carácter que el de la misma interinidad que lleva consigo el establecimiento hasta que sea declarado de primera clase; pero no se espresa de una manera clara, y lo advertimos para que después no haya lugar á dudas, que serian muy perjudiciales si llegara á entenderse que tal requisito fuera de exigir también para médico de baños que no son de planta, ya porque estos podrían cerrarse sino se reconocía su utilidad, y ya también porque á destinos tan precarios y sin dotación no podrían aspirar profesores de gran provecho con perjuicio del ramo, que vendría así á formarse de las medianías que irían acudiendo á las plazas de entrada, fáciles de alcanzar por la floja competencia.

Es de reparar también, que, pudiendo caducar los establecimientos de planta, cuyo servicio requiere un médico nombrado por oposición, menester es que quede asegurada la suerte del profesor que, dedicado á este ramo, desistió de sus aspiraciones á otros, y hasta abandonó el cultivo de una clientela que nunca puede contar el que desempeña estas plazas por la movilidad periódica que le produce su destino; y nada por lo tanto más justo que el espresar en la ley que deba continuar gozando su sueldo hasta ser colocado en otro establecimiento, el médico-director de un establecimiento que dejara de ser de planta.

Las bases establecidas para el ejercicio de la profesión en los partidos nos parecen muy convenientes; toda vez que procuran al profesor la independencia posible, que ponen su posición á cubierto del pandillaje de los pueblos, y que hacen obligatorio á los ayuntamientos el abono de la dotación señalada á los facultativos; siendo muy justo que se atienda á la suerte de los que se imposibiliten en el cumplimiento de sus deberes en las epidemias, así como de sus familias en el caso de fallecer. Nos ocurre, sin embargo, advertir que, reconociéndose como carga del Estado las pensiones que por tan justa causa se produzcan, se asignan para el pago los ingresos de sanidad. Y si estos no alcanzaran para el sostenimiento del servicio que está destinado á tan importante ramo de la administración, quedarán ilusorias estas ofertas? Bueno será que este punto se deje en la ley bien aclarado.

Nos adherimos á la idea de formación de un jurado médico de calificación en las capitales de provincia para entender en la corrección de abusos cometidos por intrusión, traslimitación, ignorancia ó falta de moralidad en la práctica: creemos que los resultados deben corresponder al objeto que la ley se propone si se organizan con tino, pudiéndose señalar también entre sus atribuciones la tasación de honorarios facultativos; pero deseáramos que en la base se consignara que el nombramiento de los individuos que hayan de componerlos deba hacerse de un modo periódico y bajo la presidencia de la autoridad competente, por los profesores de las respectivas clases inscritos en los puntos en que han de establecerse, pues estos conocen mejor que nadie las disposiciones de sus compañeros, y acatarán con más gusto sobre asuntos propios los fallos del tribunal que elijan, que no el de aquel que se los imponga, tal vez compuesto de personas poco simpáticas ó no muy á propósito para tan delicadas funciones.

Las reglas propuestas sobre espedición de remedios secretos son muy oportunas, pero reparamos dos omisiones graves que vamos á

señalar: una es prohibitiva de la facultad de suministrar por sí el médico remedios que no pida por receta á las oficinas de farmacia, y otra es relativa á la inspección de las sustancias medicinales de que estas deben estar surtidas, en calidad apropiada para los efectos curativos que corresponden. Una y otra son de grande interés para evitar al público perjuicios de trascendencia.

Advertiremos también que la ley debiera tomar algun resguardo para que los certificados expedidos por los profesores de la facultad no pudieran ser suplantados ó falsificados, previniendo que, para causar efecto, debiera ser reconocida la firma por los subdelegados de sanidad, ó por el individuo de los jurados espuestos que se designara, á fin de comprobar su autenticidad y legitimidad, poniendo el sello que se adoptara, mediante un derecho módico, en señal de validez.

Muchos abusos pueden cometerse con el abandono que sobre el particular existe en el día, pudiendo llegar á ser hasta criminales en el enterramiento de cadáveres, donde la numerosa población impide conocer de público á todos los profesores y la firma de que hacen uso.

Concluiremos, en fin, con manifestar que si en el proyecto ha de haber un capítulo detallado sobre higiene pública, es menester reparar que faltan muchas disposiciones importantes relativas á alimentos, bebidas naturales y compuestas, preparación y servicio de ellas en establecimientos en que se espenden, casas de baños, recreos públicos etc. De ser así, es necesario que se complete.

Tales son las observaciones que nos ocurren sobre los diversos capítulos que abraza el proyecto; las cuales sometemos á la ilustrada consideración de los dignos profesores que han de intervenir en su examen y aprobación, con el leal propósito de contribuir á que salga lo más perfecto que sea posible, y hacer de este modo provechosa y estable tan importante reforma.

FILOSOFIA MEDICA.

Contestacion del Sr. Acevedo al Sr. Quintana sobre la teoria cosmogénica del cólera morbo.

(Véase el número anterior.)

Dice V. en el párrafo sexto lo siguiente: «Establece el Sr. Acevedo que dos solas materias componen el universo, una ponderable y otra imponderable; y que dos solas fuerzas rigen á estas materias; una que tiene por carácter la movilidad y pertenece á la materia imponderable, y otra que tiene poderosamente á la quietud y pertenece á la materia ponderable, añadiendo que estas dos fuerzas forman la electricidad, ó lo que es igual, adoptando su lenguaje, forman la materia imponderable. Ciertamente es lo que acabo de transcribir, pero padece V. una equivocación gravísima en todo lo que subrayé, equivocación que probablemente no hubiera padecido, si hubiese leído y meditado los trabajos que precedieron al artículo que me impugnó.

La electricidad no es para mí, en efecto, más que la lucha continua y en todas partes sostenida de las dos grandes fuerzas que rigen á las dos materias ponderable é imponderable; pero de ninguna manera estas dos grandes fuerzas forman la materia imponderable, como V. equivocadamente dice. Si la materia imponderable es tan materia como la ponderable, sin más diferencia que poder esta anularse y la otra no; si ambas están animadas de dos fuerzas que, aunque semejantes en la esencia, difieren en el modo de obrar; si no pueden concebirse estas materias separadas de las fuerzas que las rigen, ¿cómo era posible que estas dos fuerzas formasen la materia imponderable? Decir esto sería un desatino, y el Sr. Quintana lo conoce demasiado. Lo que sí forman las dos grandes fuerzas es la electricidad, y por eso no considero á este fluido como simple, sino como un compuesto de dos elementos que han de ser precisamente heterogéneos. Y una vez que usted se equivocó en este punto tan esencial, me creo dispensado de contestar á los demás que consigna en el mismo párrafo, puesto que solo dió lugar á ellos una suposición sin fundamento.

Sin embargo, al fin de este párrafo dice V. «Que si yo quiero conservar á la electricidad el valor de una entidad generadora del universo, debo borrar del catálogo de los elementos á las fuerzas, y despojar á la electricidad del

carácter material que le atribuyo, no siendo absolutamente posible asociarle otra idea que la de actividad, á no ser que materialice las fuerzas bajo la forma de un fluido (el eléctrico), ó dinamice la materia, sin que absolutamente sea dable encontrar para ello elementos dinámicos.»

Si, amigo mío; deseo, en efecto, conservar á la electricidad el valor de una entidad generadora del universo, pero sin quitar del catálogo de los elementos á las fuerzas, toda vez que la electricidad, como V. sabe, es para mí un compuesto de estas mismas dos fuerzas admirables; en tal concepto, V. mismo no me niega, y yo firmemente creo que este fluido no puede tener jamás el carácter material. La electricidad como fuerza, no solo tiene los caracteres de la materia, sino que se parece al espíritu tanto en su esencia como en su modo de obrar; y como existe en todos los cuerpos, cosa que V. no negará, á ella, y no á la materia, hay que atribuir el principio motor, con tanto más motivo, cuanto que la materia por sí es incapaz de movimiento. Hé aquí cómo yo lo entiendo, y cómo no necesito materializar las fuerzas bajo la forma de un fluido, ni dinamizar la materia con ó sin elementos para ello, á fin de explicar los fenómenos que están en relacion con los sentidos.

Dice V. en el párrafo sétimo: «La materia ponderable si no es una abstracción infundada, si ha de ser algo para el hombre, no es, no puede ser otra cosa que el elemento apreciable que subsista después de separar de los cuerpos tales como aparecen á la sensibilidad humana las fuerzas que, al decir del Sr. Acevedo, las animan y vivifican.» En esto estamos conformes, y nada tengo que responder. «Hay pues, prosigue V., que desnudar á dichos cuerpos sucesiva y fatalmente de sus propiedades físicas, químicas y vitales: el mas leve indicio que en esta resta necesaria quede de acción química, de acción física sobre los sentidos, ó de acción vital apreciable, revelaría, desde luego, que la abstracción había sido incompleta. Luego hay que despojar á los cuerpos, no solo de sus propiedades mas accidentales, sino de sus propiedades mas esenciales, sobreviniendo únicamente á tanta destrucción la intuición pura del espacio, es decir, la nada.»

Por vida mía que la aseveración es peregrina. ¿Hay alguno en el mundo que no sepa que, desnudado un cuerpo de sus propiedades físicas, químicas y vitales ha de quedar forzosamente la nada, ó nada, al menos, que puedan apreciar nuestros sentidos? Pero aun así queda algo, bien lo sabe V. Si en una destrucción tal cual V. la pinta no quedase absolutamente nada, no vendría la inteligencia á preguntarle: ¿Qué fué de aquella materia que antes veían y examinaban mis sentidos? ¿Qué de los elementos que la componían? ¿Qué de las fuerzas que le daban vida? ¿Se han perdido? ¿Se han aniquilado? Oh, no; en la naturaleza nada se pierde, nada se aniquila, todo, por el contrario, se conserva.

La materia imponderable ya sin vida, y por consiguiente sujeta á las leyes físicas, entraria á formar nuevas combinaciones en sentido inverso de las que le habían dado origen á fin que, de una en otra, llegase á convertirse en elementos cósmicos, ó en partículas estremadamente pequeñas, y capaces de agregarse á la materia general del universo, para servir á la formación de nuevos seres. La imponderable, á su vez, haría otro tanto, é iria á formar parte de la materia imponderable, ó vida general del universo, pudiendo entonces animar los nuevos seres que de la ponderable habrían necesariamente de formarse.

¿Hay muerte en la naturaleza en todo el rigor de la palabra? En modo alguno, puesto que la última, la mas pequeña, la mas insignificante de las moléculas que componen la materia ponderable, no puede concebirse sin aquella parte de fuerza que á su tamaño y figura le debe corresponder. Lo mismo sucede á las de la materia imponderable, y teniendo estas partículas sus fuerzas respectivas, ¿no es forzoso que vivan, permitaseme la palabra, y que estén siempre aptas para la constitución de nuevos seres? Y como nada muere, Sr. Quintana, en la naturaleza, todavía cuando no los sentidos, la inteligencia, al menos, puede ir á buscar los elementos de los seres que pueblan el universo. ¿Pero puede saberse fijamente cuales son esos elementos? Dirá V.: absolutamente no; pero de una manera aproximada sí; y por eso no considero una demencia, y sí, por el contrario, meritorio el andar este camino hasta donde la inteligencia lo permita.

¿Pero por qué me dice V. lo enunciado en el párrafo á que contesto? ¿Es acaso por la imposibilidad en que nos hallamos de efectuar una destrucción tan perfecta como la que V. acaba de describir? ¿O será porque cree ridículo, una verdadera demencia, un imposible, en fin, el separar de los cuerpos los elementos dinámicos que los caracterizan, por la razón sencilla de que «no se puede hallar una fuerza inactiva, ni tener una idea de esta misma fuerza,

sino cuando se ostenta en el tiempo, ó en el espacio, es decir, dentro de la esfera del mundo sensible?» Debo creer que sea por esto.

¿Y quien le dice á V. lo contrario? ¿No abundo yo en ese mismo pensamiento? ¿No he dicho en mi teoría precedente que la fuerza que rige á la materia imponderable es nula, cuando se halla sola, y que no podíamos tener idea de que existe, sino cuando unida á la ponderable imprime en ella los movimientos que la caracterizan?

Bien sabemos, Sr. Quintana, demasiado quizá, que el hombre no puede llegar en sus investigaciones sino hasta cierto punto; pero hasta este cierto punto dégesele llegar por Dios, y no se le impute á crimen lo que debe considerarse una virtud. Y si no hemos de examinar mas que lo que hiere nuestros sentidos, ¿para qué entonces sirve el cálculo? ¿para qué la inteligencia? ¿qué objeto tiene este destello sublime de la Divinidad? Si los trabajos delicadísimos que hoy hace la física sobre la materia ponderable, pudieran dar á la ciencia una utilidad real y positiva ¿por qué la inteligencia no ha de hacer lo mismo con la imponderable? Y si esta no se halla en relacion con los instrumentos de un laboratorio físico, ¿no es eso mismo una prueba de que debe ser examinado por otros medios muy distintos? ¿Y se puede disputar á la inteligencia esta misión? Y analizándola ella, ¿no vendrán á ser los medios analizadores semejantes en la esencia á la naturaleza de los cuerpos analizados? Reflexione V. sobre esto; se lo ruego.

Todo el afán de V., en este párrafo, se reduce á probar la imposibilidad de obtener una análisis perfecta, toda vez que esta habria de llegar en último resultado á un punto en que los elementos serian invisibles ó incapaces de sujetarse á los instrumentos. «Desde entonces, dice usted, ya no hay mas que tinieblas, y todos los pasos que se dan en este mundo desconocido, deben ser inseguros, ó por mejor decir, errores necesarios. Y adviértase, sin embargo, que de aquí y solo de aquí, es decir, de estas regiones oscurísimas y puramente ontológicas, ha sacado el Sr. Acevedo los elementos generadores del universo.»

Es decir que, segun el Sr. Quintana, debemos abstenernos, en lo sucesivo, de mas análisis que aquellas que puedan apreciar nuestros sentidos; es decir, que cuando la química indique que no se puede ir mas allá, debemos pararnos tambien, temerosos que, de lo contrario, lleguemos á sumirnos en el caos.

Bien lo sé, Sr. Quintana; bien sé que en el siglo singular en que vivimos ha llegado el positivismo á un grado tal, que causa los mismos males que las teorías han causado en otra época no lejana. ¡Siempre los extremos, jamás el medio, jamás aquel justo y precioso medio en donde Dios colocó todo lo bello, todo lo grande, todo lo sublime! El elevarse hoy á ciertas consideraciones es un crimen; pero, ó yo no entiendo lo que es medicina, ó esta ciencia jamás llegará á perfeccionarse, sin que la teoría y el cálculo marchen siempre en armonioso concurso con la práctica.

Pero volviendo á nuestro objeto digo á V.: que no me parece un desatino el creer que un químico consumado pueda llegar, de descomposicion en descomposicion, á resolver toda la materia ponderable en sus elementos primitivos, es decir, en gases, ó lo que es igual, en oxígeno, hidrógeno, carbono y azoe; y estos cuerpos no pueden ser, á su vez, analizados? Bien sé que la química no ha llegado todavía á tal grado de perfeccion, y que analizado un cadáver, ó materia ponderable de un cuerpo, quedan restos que no pueden resolverse enteramente, es decir, reducirse á gases, ó lo que es igual, á una materia que no pueda percibirse nuestra vista; pero por esto ¿hemos de decir que no pueda llegarse jamás hasta este punto? ¿Sabemos ya adonde puede alcanzar la química en las generaciones venideras? Segun el modo de pensar de usted debemos pararnos en donde estamos (al fin esto no deja de ser muy cómodo; la tension de espíritu fatiga tanto el entendimiento...!), y esperar que el tiempo y la casualidad nos traigan, como á los judíos el maná, los conocimientos que aun deben hacerse en lo futuro.

¡Válgame Dios, amigo mio! quizá tengan Vds. razon, quizá los que piensen como yo, estemos verdaderamente locos; pero entonces ¿por qué esa ansia, por qué ese furor irresistible que vemos en el hombre, precisamente por averiguar aquello que está mas envuelto con el velo del misterio? ¿No es este deseo casi instintivo? Y siéndolo ¿no parece que Dios ha querido hacernos ver con el que no debemos cejar ante ninguna dificultad, por grande é insuperable que parezca? Vds. lo decidirán, porque yo ya no me atrevo. ¡Me meten Vds. tanto miedo!

Si no es hoy, pudiera quizá algun dia (¿querrá usted tambien negármelo?) llegar la química á hacer una análisis tan perfecta de la materia ponderable, como usted

dice que seria necesario para que mis suposiciones fuesen algo; pero aun cuando esto sucediera, dirá V.: ¿quién haria el de los elementos plásticos? ¿Quién seria capaz de averiguar, despues de haber abandonado un cuerpo que tenia vida, cuál era la naturaleza de las fuerzas ó elementos que la producian, toda vez que esto solo pudiera conseguirse estudiando su accion sobre aquellos mismos cuerpos, ó lo que es igual, sobre su materia ponderable? ¿No es esto lo que V. encuentra impracticable? ¿No es semejante investigacion la que le parece un disparate, una demencia, una ridiculez que no tiene ejemplo? Si, esta es la grande, la terrible, la insuperable dificultad, contestada la cual, creeré haberlo hecho á todo su artículo, que, en último resultado, no tiene, en mi concepto, mas objeto.

Yo lo creo; y en hacer esta investigacion ponía yo muy grande empeño, llegando en mi escasa candidez hasta considerarlo como un mérito. ¡Qué equivocado estaba, y qué terrible leccion acaba V. de darme! Es que lo que V. pretende, me dirá, no está en la posibilidad humana. ¿Y quien se lo ha dicho á V.? ¿Por qué, á mi vez pregunto yo, se abroga V. y los que como V. piensan la inaudita pretension de marcar límites al genio del hombre? ¿No es esto tambien orgullo? ¿no es temeridad? ¿no es acaso otra demencia? Y esa imposibilidad infinita que V. dice, ¿no puede desaparecer en presencia de otro infinito, que es el tiempo?

Si á los hombres de la edad media hubiese V. podido hablarles de los prodigios que están sucediendo en nuestro siglo, lo creerian? no se reirían de V.? Si les digese, por ejemplo, que las predicciones de las pitonisas, es decir, que los sueños magnéticos de aquellas buenas señoras se reducirían un dia á ciencia, y que esta explicaria satisfactoriamente aquellas maravillas; si les digese que podría hacerse una seña en el polo ártico, y sentirse al mismo tiempo en el antártico; si les añadiese que habria barcos que surcarían los anchos mares sin vela ni remos; que se imantarían agujas sin imanes; que rodarian las mesas; y que estas mismas mesas predecirían lo futuro; que con un poco de carne se podría desarrollar una corriente eléctrica capaz de recorrer las treinta ó cuarenta mil varas de hilo metálico de un galvanómetro, haciendo oscilar su aguja; si les digese que el sol era un cuerpo opaco como el de la tierra, y que la luz que nos comunica no procedia mas que de un océano inmenso de electricidad sustraída á la vida general del universo por medio de su movimiento de rotacion etc., etc., francamente, no se reirían de usted? ¿No se reirían de cualquiera que se lo asegurase? Y sin embargo, todo esto está sucediendo en nuestro siglo, y lo saben hasta los niños de la escuela. ¿Pueden, pues, marcarse límites al genio del hombre? Convenidos en que hay cosas que jamás se sabrán con certidumbre, porque están fuera de la apreciacion humana; pero el genio del hombre que se estiende mucho mas allá que nuestros sentidos limitados, y que no poco se asemeja á la esencia de estas mismas cosas, ¿no puede obtener un dia resultados que en el estado actual de nuestros conocimientos no podemos todavia valorar?

En la cosmogonia del universo, por ejemplo, no puede haber mas que hipótesis, y por eso observará V. que son estas tan variadas y numerosas, como las personas que de esta materia se ocuparon. Buffon, Laplace, Cuvier, Delue, Herschel, nuestro apreciable compañero el buen padre Debreyné etc., etc., han hecho cada uno la suya; y yo, aunque indigno de poner mi nombre despues de los muy ilustres que acabo de citar, he hecho tambien la mia, no con el deseo de imitarlos, pues esto seria imposible, ni menos de adquirir renombre porque no lo deseo, ni aunque lo deseara lo obtendria, sino porque, como médico, necesitaba una hipótesis que de alguna manera me explicase las maravillas que tienen lugar dentro del hombre: esto, sin embargo, como V. debe suponer, no lo hice por mera curiosidad, sino porque habia aprendido que, si pudiésemos estudiar el juego misterioso de las fuerzas admirables que rigen la economia, ó lo que es igual, sus fluidos incompresibles con igual perfeccion que lo hemos hecho hasta ahora con la materia ponderable, seria el único medio de llenar el gran vacío que todos reconocemos en la ciencia.

Y cuidado que en esta creencia me mantengo todavia, y me mantendré hasta que V. ú otro de nuestros compañeros con sus superiores luces, y por medio de reflexiones que me hagan fuerza, consigan desvanecerlas. V. dice que mi hipótesis es errónea; yo acabo de hacerle ver que no ha logrado convencerme todavia, puesto que, en último resultado, todos sus argumentos se reducen á la posibilidad ó imposibilidad de hacer las investigaciones que intenté. Hoy por hoy confieso esa imposibilidad; pero en lo sucesivo la niego redondamente, por la razon sencilla de que

nadie es capaz de marcar límites al genio del hombre, ni de saber adonde este podrá llegar ayudado de los conocimientos que actualmente poseemos, y de otros mil que podrán adquirirse en lo futuro.

Con mi hipótesis, sin embargo, se explican perfectamente muchos de los misterios en que estaba envuelta nuestra vida, y se entrevé, si bien en lontananza todavia, cuál pudo ser el designio que la Providencia tuvo al disponer, como lo hizo, los órganos de nuestro cuerpo. Habiéndome propuesto estudiar al hombre, no órgano por órgano, membrana por membrana, sistema por sistema etc., etc., sino en conjunto y de una manera filosófica, he creído que su disposicion interior se daba mucho la mano con la que el Criador habia observado en los demás seres que pueblan el universo. Prescindiendo de su inteligencia, y de la estremada finura de sus órganos, hallé que la semejanza era perfecta en la esencia, al menos, y en las bases principales de su vida. Arreglado á esta creencia, he formado mi sistema, que, á grandes rasgos, estudié hasta el origen mismo de la creacion: el Sr. Quintana, sin embargo, muy creído de que eran falsos mis principios cosmogénicos, supuso que debían serlo igualmente sus aplicaciones al hombre, llegando su seguridad en este punto á un grado tal, que ni aun se digna examinar, uno por uno, los puntos capitales de mi artículo que se refieren al sistema fisiológico. ¿Y quien le ha dicho al Sr. Quintana que acaso la análisis y no la síntesis, haya sido la verdadera base que he tenido presente al fundar mi sistema cosmogénico? Y en tal caso, ¿no merecia la pena de examinar igualmente el fisiológico? Dice, sin embargo, este señor:

«Despues de cuanto viene demostrado ¿será necesario demoler, con el ariete de la critica, el edificio fisiológico levantado por el Sr. Acevedo sobre cimientos tan movedizos, es decir, añado yo, sobre principios cosmogénicos tan erróneos?»

Oh, no partamos tan de ligero, amigo mio. Una cosa que me ha costado tantos años de meditacion, no se echa abajo con un solo artículo por muy sábio é inteligente que usted sea, y por muy pobre y flaco de meollo que me considere. Conforme hizo V. con los principios cosmogénicos de mi artículo, hágalo con todos los puntos de mi sistema fisiológico: examínelos, uno por uno, de la manera que mas le agrade, y hecho el exámen, yo me encargo de responderle, bien seguro de hacerle ver y quizá mas adelante confesar, que es mas perfecta de lo que ha creído la armonía que hay entre mi sistema ó hipótesis cosmogénica, y mi sistema ó teoría fisiológica. Si lo consigo, esta será la prueba, no solo de la exactitud de los principios cosmogénicos que tanto le incomodaron, sino de que hay en mis investigaciones, aunque poco, algo bueno que necesita meditarse.

Usted ha provocado el debate; yo lo he aceptado pública y solemnemente; ambos, pues, estamos interesados en el éxito, y ambos de todo punto comprometidos á no retroceder un solo paso, hasta que yo diga que fui vencido, ó que V. me confiese que lo es. El que deje de escribir hasta que esta confesion se haga.... lo que se pensará de él V. lo infiere. Es que podrán Vds., dirá alguno, ser tan tercios y orgullosos, que jamás querrán decir que están vencidos, en cuyo caso el debate será largo, penoso y de seguro interminable. ¿Hay buena fe? ¿hay honradez? Pues la confesion se hará, no hay que dudarlo.

Por lo demas, yo suplico al Sr. Quintana que me dispense cualquiera expresion mia que haya podido disgustarle, bien seguro de que merece mi mas alta consideracion, y de que solo el calor que algunas veces arrastra al hombre en esta clase de debates, y en modo alguno el corazon, podria ser la causa de esta ofensa involuntaria.

Oviedo 16 de febrero de 1855.

AGUSTIN MARIA ACEVEDO.

ASUNTOS PROFESIONALES.

La nivelacion de las categorías médicas no está reclamada por las necesidades de los pueblos, ni puede considerarse como justa reparacion de las clases puras.

Antes de entrar de lleno en la cuestion de si es realizable la nivelacion de los títulos correspondientes á las clases médicas, natural parece examinar si existen razones de conveniencia pública que reclamen una medida de tan graves consecuencias.

Frecuentemente y con intencion deliberada ó como por descuido, los proyectistas de reformas incurren en el lamentable error de confundir los intereses de los pueblos con los suyos propios, dando así á sus escritos un carácter de importancia, que realmente no tienen. El bien público y la palabra *pueblo* con su correspondiente acompañamiento de frases huecas y declamatorias, que nada signifi-

fican fría y razonadamente consideradas, son las armas de mejor temple de que se valen los partidarios de las malas causas, para procurarse un triunfo inasequible por cualquiera otro medio franco y desapasionado. Lástima dá que al pobre pueblo se le haga tomar parte en asuntos que ni siquiera le han pasado por las mientes, como el de las categorías médicas, por ejemplo, presentándole asombrado de su prodigioso número é interesado en su simplificación. ¿Qué vé el pueblo extraño ni oscuro en las categorías médicas? Nada; y aun vería mas claro, si por causas, que no me propongo enumerar, no hubieran ocultado muchos profesores su legal incompetencia para admitir ciertas obligaciones, haciéndose pasar sencillamente por facultativos, á cuyo nombre genérico muestran algunos muy cariñosa afición.

No son las clases médicas las únicas que ofrecen esa multiplicidad de gerarquías, que tanto se anatematiza. En la carrera eclesiástica tenemos un diluvio de ellas con inmensa variedad de atribuciones; y sin embargo, el pueblo, ese pueblo-pantalla, que sin cesar se explota, ni se asusta de que un sacerdote no pueda absolver las culpas, cuya remisión corresponda á otro mas autorizado, ni ha pretendido jamás que un clérigo de misa y olla ocupe la silla de S. Pedro. La curia nos ofrece igualmente un cuadro de funcionarios cuyas facultades, subordinadas á ciertas localidades y condiciones, no pueden ser mas complicadas; tampoco el pueblo se admira de que un notario de reinos se niegue á suscribir documentos que debe autorizar un escribano numerario, y á mi noticia no ha llegado que á ningún individuo de esta clase, ni de la de procuradores (y los hay instruidísimos), le haya ocurrido la idea de creerse con opción al diploma de abogado, porque como inteligentes en materias de derecho, sean consultados diaria y preferentemente, al menos en el principio de los litigios, sobre la dirección que convenga dar á estos. Y si vamos recorriendo todas las carreras conocidas, minas, instrucción, milicia, veterinaria etc., en todas encontramos la misma distribución de atribuciones y gerarquías, cuyos respectivos títulos demuestran sin género alguno de duda, ni de sospechoso misterio, la educación científica de su tenedor ó la calidad de sus antecedentes. Si en medicina hay títulos realmente de papel, que nada digan en favor de la ciencia de los agraciados, quémense en buen hora; si existen privilegios, destrúyanse radicalmente; pero no se confundan los derechos con los privilegios, las credenciales de aptitud con oropeles de pueril adorno.

Quede, pues, consignado, que no son un fenómeno para los pueblos las categorías médicas, y debo añadir en este lugar, que, en mi concepto, son deudores al gobierno de un voto de gracias por el decreto de 5 de abril, que descorriendo el denso velo que las ocultaba, permite apreciar los caracteres diferenciales de cada una y el lugar que ocupan en la escala profesional.

Que esta diversidad de atribuciones relativas á una misma profesion sea un mal para los pueblos, no lo negaré; pero tampoco concederé que estén interesados en la nivelación. En efecto, muchas personas se equivocan con frecuencia en la elección de profesora, haciéndose asistir por un médico en una enfermedad estéril, y por un cirujano en una interna; pero si como he indicado, esta consecuencia de la diversidad de títulos es perniciosa, no es seguramente la nivelación el medio de evitarla. El remedio infalible consiste en que el gobierno ejerza una activa y esquisita vigilancia sobre el ramo de la salubridad puniblemente postergado y desatendido, haciendo que ningún profesor se estralimite del círculo de sus atribuciones. Además, ó los profesores puros cuentan con suficientes conocimientos para ejercer la medicina y cirugía ó no: si lo primero, á la sociedad le es indiferente que se llamen puros ó mistos, porque la denominación no aumentará su ciencia; si lo segundo, escusado es manifestar que se halla interesada en la no nivelación. Véase, pues, la ligereza con que se echa mano de los intereses de los pueblos, para reclamar en su nombre reformas, en que los esponen á perder y á no ganar nunca.

Conformes en que sólo á las clases puras interesa la nivelación, veamos si ofrecen razones de algun valer, para solicitar como justa y equitativa una reforma que afecta de un modo grave á la sociedad, al par que á otra clase no menos respetable y numerosa que la pura, la de médico-cirujanos.

¿Qué razones de equidad y justicia pueden alegar los interesados? Hoy absolutamente ninguna. Digo hoy, porque antes del año 43, de infausta recordación, existían algunos profesores antiguos, cuyas legítimas aspiraciones habían sido defraudadas con la creación de los médico-cirujanos, y era justo ofrecerles un medio de mejorar sus títulos, siempre que este medio equivaliese hasta donde fuera posible, á la mayor suma de sacrificios exigidos á los

licenciados en medicina y cirugía, y garantizase su aptitud á la sociedad á beneficio de verdaderas pruebas; pues por muy atendibles que fuesen los motivos aducidos por aquellos profesores, lo son tanto los de la clase mista, y muchísimo mas los de la humanidad doliente (1). Pero las clases puras modernas, ó sea las posteriores á la creación de los médico-cirujanos, que eligieron la carrera que mas convino á sus intereses, con pleno conocimiento de su porvenir, ¿cómo se atreven á calificar de justas y equitativas sus constantes pretensiones de nivelación? ¿Quién los ha engañado? ¿En qué y cuándo ha variado su situación? Se propusieron ser médicos y cirujanos, y cirujanos y médicos son: si las atribuciones que les concedía el plan de estudios, en cuya virtud emprendieron su carrera, se hallan mermadas; si ha dejado de cumplírseles alguno de los compromisos que la sociedad contrajo para con ellos, que se les conceda enhorabuena, *unicuique suum*. Pero si nada de esto existe, si es que se han equivocado en la elección de carrera, medios justos y equitativos hay de enmendar el error, si es que no quieren resignarse á sufrir sus consecuencias.

Dícese que se está proclamando la igualdad como base fundamental de las sociedades modernas, y que por lo tanto... etc. Si así se tuerce el significado y la aplicación de las palabras, de seguro no nos entenderemos. Que dos personas ó cosas naciendo con títulos iguales á la consideración pública, se hallen desniveladas, es injusto y escandaloso, como indiqué en mi artículo anterior; que se igualen es lógico y consecuente con los principios del siglo. Pero ¿un cirujano ha nacido con derecho á ser médico ó viceversa? O la justicia ha perdido sus atributos característicos á fuerza de progresar, ó es que retrocedemos á pasos de gigante; pero no, la justicia y la igualdad son las mismas, y el verdadero progreso simbolizado por ellas no puede confundirse con el caos y la anarquía, por mucho que lo disfracen ciertos soñadores de utopías.

Que muchos cirujanos están siendo médicos de hecho, es otra de las razones ó mejor dicho *sinrazones* aducidas en favor de la nivelación. Aun prescindiendo de que la trasgresión de las leyes nunca puede ser un motivo de premio para los contraventores, ¿han calculado estos las consecuencias de admitir este principio, que sancionado en beneficio de algunos, no puede en justicia dejar de aplicarse á todos los individuos de la sociedad? ¿Oficiosos defensores de la humanidad doliente, pensad bien lo que decís! ¿Con qué derecho queréis hacer pesar sobre los pueblos las consecuencias del aprendizaje? Si del hecho deducís el derecho, ¿por qué á un fiel de fechos no se le entrega el título de escribano ó de abogado? ¿por qué no el de doctor al humilde barbero, bajo cuya dirección existen pueblos de cien y mas vecinos? No digais que estos individuos no tienen suficientes conocimientos: ellos los ampliarán, y con esto y con la presentación de documentos justificativos de sus largos servicios, no habría medio de negarles su demanda: cerrad las universidades; suprimid el ramo de instrucción pública, y cuando su conciencia diga á cualquier ciudadano que ya es apto para ejercer una profesion, proclámese médico, cirujano, abogado, etc. ¿A donde iríamos á parar progresando de esta manera?

Dícese también que las autoridades confían á los cirujanos comisiones médicas de importancia. Es verdad, pero esto solo prueba, en mi concepto, tres cosas: 1.ª el desbarajuste que reina en todo lo relativo á sanidad, y la vituperable indiferencia con que miran las autoridades este importantísimo ramo de administración pública; 2.ª la tolerancia de los médicos, y 3.ª la falta que nos está haciendo un buen arreglo médico sanitario. Los cirujanos están prestando hoy servicios médicos de importancia, que estoy pronto á reconocer, aunque ninguna necesidad hay de esponerse á que los presten mal, sobrando como sobran personas competentes para desempeñarlos; pero esto no es una cosa extraordinaria, puesto que todas las demás clases del Estado los prestan en sus respectivos ramos, aun cuando las materias sobre que versen no sean de su exclusiva competencia. En este pueblo, sin ir mas lejos, los capataces de minas dirijen perfectamente la explotación de las mismas en ausencia de los ingenieros del ramo, y diariamente en todas partes se están desempeñando funciones de importancia por clases subalternas ó de análoga profesion, cuando por cualquier motivo no pueden encomendarse á las superiores ó á las que de derecho les corresponde.

En resumen creo haber probado: 1.º que los pueblos no se hallan interesados en la nivelación de las categorías médicas; 2.º que las clases puras no alegan razones de equidad y justicia, que reclamen en su favor esta medida;

(1) Aunque pocos, aun hay profesores que se encuentran en este caso, y cuyas reclamaciones no dejan de ser atendibles.

(LA DIRECCION.)

3.º que decretada la nivelación de los títulos médicos, no hay razón valedera para dejar de nivelar todas las demás gerarquías y condiciones sociales; y 4.º que esto nos conduciría á la disolución social.

Quiero suponer, sin embargo, que existen fundados motivos para hacer una de las diferentes profesiones médicas y que se trata de llevarlo á cabo. ¿Se conseguiría? ¿Cómo? De esto me ocuparé en otro artículo.

Almadén 28 de marzo de 1855.

J. F. GALLEGO.

PARTE OFICIAL.

PROYECTO DE LEY DE SANIDAD.

A LAS CORTES.

Cada region del globo tiene sus enfermedades peculiares, sus padecimientos indígenas, debidos á la latitud, elevación, temperatura, terreno y otras varias circunstancias del punto que ocupa, así como á las costumbres, alimentos y bebidas, género de industria, naturaleza, educación y estado social. De manera que existe realmente una geografía patológica, como existen la geografía botánica y la zoológica. Y si bien las dolencias humanas exóticas pueden invadir territorios diferentes de aquellos en que tienen origen, ocasionando mas ó menos durables estragos, terminan con frecuencia por decaer, perdiendo gran parte de su intensidad, experimentando en su naturaleza é índole modificaciones debidas á la falta de las causas originarias, ó á la mas ó menos influyente acción de las que predominan en el país de que fueron importadas. De la existencia en cada region de enfermedades que la son peculiares, endémicas y contagiosas, mas ó menos mortíferas, surgen para los gobiernos y para los pueblos, aunque distintas, análogas obligaciones. En aquellos, la de no omitir diligencia alguna para el logro de la mas eficaz preservación; en los segundos, la de precaverse de las dolencias propias de países con quienes relaciones frecuentes é íntimas mantienen.

Bien se comprende que mal podrían trasmitirse las enfermedades epidémicas y contagiosas de un país á otro, ni aun llegarse quizá á conocer su nombre, en los tiempos en que las comunicaciones eran difíciles, en que aun no se habia descubierto ninguno de esos medios maravillosos de relación debidos al genio moderno, que estrechan las distancias, que ponen en contacto casi continuo á unos pueblos con otros, y que tienden, por decirlo así, á formar del género humano una sola familia.

En consecuencia, quedaban las espresadas enfermedades por lo comun aisladas, como el país que las sirvió de cuna, gozando solo los ejércitos la prerogativa funesta de ser el vehículo y conductores del germen de las pestilencias. No existía entonces, como no podia existir, la sanidad de los últimos siglos, la de nuestra época, la sanidad de nuestra civilización. Reducíase á instituciones hospitalarias y lazaretos para los guerreros que de Oriente volvían, ó con el fuego de San Antonio, ó con otras enfermedades, á hospederías para los peregrinos que á bandadas cruzaban la Europa.

Tal fué la Sanidad hasta el siglo XV. Diezmados á principios de él los venecianos por la peste que su comercio activo con Levante á menudo les importara, fueron los primeros á establecer el aislamiento y la secuestación en el año de 1403; desde allí se extendieron las cuarentenas en 1466 á la Dalmacia, y en 1475 cupo la gloria de adoptar precaución tan saludable á la capital de nuestras Baleares, que estableció en España la primera magistratura de sanidad con el nombre de *morberia*, dictando varias reglas, y un método preservativo cuarentenario.

Mas adelante, el desarrollo de la navegación puso en contacto islas apartadas y remotos continentes, elevando el comercio su vuelo, y facilitando el cambio de los productos del suelo y de las creaciones de la industria entre lejanos pueblos. Empero mezclado con esos productos, y confundido con inmensas riquezas, se hicieron los pueblos unos á otros el presente funestísimo de las epidemias y contagios indígenas. Era, por tanto, muy natural que se generalizase la idea de la importación de las enfermedades epidémicas y contagiosas, que ocurriera adoptar precauciones sanitarias marítimas, y se comprendiese la grande utilidad de estas, para librar á los pueblos de plagas tan crueles.

Así tuvo origen y fué alcanzando completo desenvolvimiento el sistema sanitario marítimo en los dos últimos siglos: se hallaba en perfecta armonía con las necesidades de los pueblos, y se amoldaba bien á su civilización y á sus relaciones internacionales. Esta organización sanitaria proporcionó á los Estados todos de Europa, y mas principalmente á nuestra España, grandes beneficios. No puede darse que la Península ibérica, con sus largas costas y en frecuente comunicación con los países de donde son originarias las enfermedades contagiosas, necesitaba mejor que otras naciones precaverse de ellas, por medio de una legislación prudente y observada con rigor.

Pero ninguna institución humana, por sabia y conveniente que sea, se mantiene largo tiempo sin experimentar vicisitudes y reformas que la acomoden á todas las épocas, circunstancias y países, con especialidad en un siglo en que los adelantamientos de las ciencias ocasionan las mas profundas metamorfosis.

La mecánica, utilizando los descubrimientos científicos mas notables, comunicó á la industria nueva vida; la elevó á una altura que apenas podia imaginarse, resultando de aquí nuevos productos, que trasladados por el comercio de unos países á otros, aumentan y perpetúan cada vez mas

ese movimiento asombroso que la superficie del globo agita.

Menester era que creaciones tan magníficas engendraran en las naciones todas una necesidad común, necesidad de la época, necesidad de la civilización, que no viéndose satisfecha, conduciría a entorpecer el comercio mutuo, activo y rápido, que establecido vemos en lo que va de siglo. De aquí la necesidad de un sistema de sanidad internacional, tan semejante como sea posible al de las demás naciones, á cuyo favor, ofreciéndose las mismas garantías con el empleo de los propios medios para mejorar la salubridad, y con la observancia de leyes sanitarias é higiénicas análogas, puedan aliviarse las trabas opuestas al comercio, hasta donde lo consientan intereses de orden todavía mas elevado y respetable. Sucede en el día á las diferentes naciones de Europa lo que sucedió á los pueblos y provincias de una misma potencia, que tienen necesidad de regirse por leyes sanitarias idénticas, sino han de sufrir embarazos dañosos sus relaciones, ni comprometerse la salud de alguno. La sanidad de los pueblos vino á ser en la época presente asunto internacional de la mayor importancia; por manera que en lo sucesivo habrá necesidad de proceder siempre de acuerdo, y en mancomun, para introducir variaciones en el sistema sanitario, ó en otro caso resultará una perturbación mercantil, muy perjudicial á los intereses de cada país.

Diferir por mas tiempo la promulgación de una ley sanitaria, sería aventurarnos á correr el peligro de males gravísimos. El rigor de las cuarentenas se ha ido relajando paulatinamente y sin orden, ya por el convencimiento de que pecan las establecidas de excesivamente largas, ya por no mantener una chocante discordancia con las que existen en distintas naciones, y una lucha abierta y seguida con sus gobiernos.

Por otra parte, doctrinas atrevidas vertidas en algunos Estados, sin premeditación, han estraviado en cierto modo el buen juicio público, y producido una tibieza muy perjudicial al servicio sanitario, á lo que se ha unido el ejemplo de ciertos países que apenas se resguardan de la *fiebre amarilla*, ni del *cólera*, cuyo ejemplo principia á trascender entre nosotros, sin considerar el mayor peligro en que estamos de contraer la primera de las espresadas enfermedades, ni la facilidad grande que por fortuna tenemos de impedir la entrada á la última. Llegó, en fin, á tal extremo la anarquía sanitaria en Europa, y hasta nuestra legislación, obra de diferentes tiempos y de diversas circunstancias, formada, si se quiere á pedazos, sin trabazón ni armonía; se ha enmarañado de tal suerte, que imposible es de todo punto continuar ya por mas tiempo en tal estado. Hasta la circunstancia de habernos visto por un largo trascurso de años libres de pestilencias, coadyuvó á entibiar el celo sanitario, descuido por el cual el cielo nos castigó bien duramente. Y cuando aun no ha desaparecido por completo el *cólera morbo asiático*, que tantos estragos ha causado en la Península, cuando con fundamento puede temerse su reproducción, ¿sería discreto no aperecernos á la defensa, organizando convenientemente el servicio de sanidad marítima ó interior? Porque también este reclama no menos poderosamente que el primero, la publicación de la ley, y no menos necesaria la hace el descuido que en la higiene pública se observa, sin considerar que para contener el desarrollo de las plagas epidémicas, ó disminuir su intensidad, no es menos poderosa la observancia estricta y severa de las buenas reglas higiénicas que los medios terapéuticos mas acreditados.

A todas las necesidades que quedan espuestas atiende el proyecto, como lo demuestran las observaciones que siguen y esplican los motivos de sus diferentes disposiciones.

Dignos son de la gratitud de sus conciudadanos la junta suprema de sanidad del reino y el consejo que la sustituyó; nada omitieron en ocasión alguna para preservar á la nación de las enfermedades exóticas. Experimentados en la ciencia, conocedores de la historia, de la administración y legislación sanitaria de otros países, sabían bien la importancia de las medidas sanitarias é higiénicas, y la influencia de estas en la salud. Conducidos, á la par que por su deber, por sus virtudes humanitarias, consultaron en distintas ocasiones á los gobiernos disposiciones que constituyen una organización sanitaria tan cumplida, que puede muy bien decirse sirvió de modelo á las demás naciones; que la admitió como la mas perfecta y corriente la conferencia sanitaria de París, y que la aprobó también el congreso higiénico celebrado en Bruselas el año de 1832. Adolece, sin embargo, el consejo de sanidad de defectos en su organización que, aunque ligeros, conviene corregir. Es menester dar en él á las ciencias médicas la preferencia que la naturaleza misma de la institución reclama, dando al propio tiempo entrada á individuos de la carrera diplomática ó consular, del comercio y de la marina, á ingenieros y arquitectos como peritos en las transacciones mercantiles y cuestiones internacionales, y en distintos ramos que influyen mucho en la sanidad de los pueblos.

Una de las innovaciones mas útiles que se han introducido en la presente ley, es la creación de directores especiales de sanidad marítima, cuyo principal encargo sea el velar exclusiva é incesantemente, bajo su responsabilidad, por la preservación de toda pestilencia exótica, cumpliendo con el rigor, discreción, cautela y prudencia debidas, cuantas disposiciones emanen del gobierno relativas á la sanidad marítima. Los servicios que estos funcionarios puedan prestar se comprende han de ser utilísimos á la simple enunciación del cargo que se les confía. Encomendada á su inteligencia y celo la dirección inmediata de sanidad marítima en los puertos; teniendo á sus órdenes los restantes empleados del ramo, y contando, en fin, con la ilustración que puedan proporcionarles las juntas de que han de ser vicepresidentes natos, resultará sin duda gran unidad de acción, perfecta armonía, regularidad y rapidez en el servicio; por cuyo medio, al paso que la salud pública hallará garantías seguras de que actualmente carece, logrará también el comercio marítimo verse libre de

muchos entorpecimientos y vejaciones que en el día afectan y lastiman sus intereses.

Nunca las corporaciones pueden prestar un servicio tan esmerado, activo y uniforme como el que prestan personas suficientemente autorizadas, responsables y retribuidas. Para atenuar las cuarentenas en obsequio del comercio marítimo, es de todo punto indispensable mejorar el servicio de sanidad, darle una organización mas perfecta, retribuir y exigir en su caso la responsabilidad á los funcionarios que le desempeñan; requisitos sin los cuales los peligros serían gravísimos y completamente inseguro é ineficaz el sistema cuarentenario. Al mismo objeto vá encaminado también el servicio de inspección sanitaria. Como la salud pública es asunto de valor tan inestimable, la mas leve omisión sería á veces suficiente para comprometerla de una manera muy grave; de ahí la necesidad de que haya quien vele por el exacto y fiel cumplimiento de las disposiciones superiores; quien vea si hay inteligencia, probidad y celo en los directores y demás empleados en sanidad, de lo cual se deduce que el servicio de inspección constituye, por decirlo así, el complemento de la organización sanitaria. Aun cuando el director fuese profesor de medicina, no podría encargarse del desempeño de su cometido y del de médico de visita de naves, porque el número y calidad de sus funciones administrativas no le permitirían cumplir convenientemente con aquel cargo.

De aquí la imposibilidad de disminuir el número de médicos de sanidad, y si hay derecho para exigir de un funcionario público el exacto cumplimiento de sus deberes, desprendimiento y fidelidad, es menester también recompensarle en términos que pueda cubrir sus obligaciones, y que en esta recompensa halle el premio de sus vigilias y de los capitales que invirtió para adquirir los conocimientos que le granjearon el puesto que ocupa: es menester rodearle de dignidad, darle prestigio y evitar que incurra en cohechos ó desatienda sus primeras obligaciones para buscar por otro lado lo que sus necesidades imperiosamente le reclaman. Los médicos de visita de naves, sobre ser escasos en número, especialmente en los puertos de primera clase, se hallan hoy mezquinamente dotados; y aunque preciso es decirlo, respetando la clase á que pertenecen, se han hecho superiores en su mayor número á la desatención con que se les mira; sin embargo, no siempre es prudente poner á prueba la virtud de los hombres.

Otra de las reformas que se introducen en el proyecto es la abolición de la patente sospechosa, medida que traerá grandes ventajas al comercio y á las comunicaciones en general, sin que por ello quede espuesta la salud pública. Entre otras razones que militan en favor de esta medida, una es el abuso grande que ha reinado á la sombra de ese término medio en punto á patentes, sucediendo unas veces que las sospechosas se espedian cuando no había motivo fundado para dejar de darla limpia, y otras cuando en realidad existía un mal transmisible. La patente sospechosa favorece la incuria de las autoridades sanitarias en el mas sagrado de sus deberes, suministrándolas de paso un cómodo efugio para eludir toda responsabilidad.

Supuesto que ha de proceder siempre á la expedición de la patente sucia la declaración oficial hecha por la autoridad sanitaria del puerto de partida, de existir allí una pestilencia, apenas pueden ocurrir casos de duda. Por otra parte, la visa de las patentes por los cónsules, los reglamentos interiores y el celo de las autoridades sanitarias facilitarán reconocer los casos dudosos, y conducirán á interpretarlos en el sentido mas prudente. Por último, los daños que al comercio pudieran originarse por la abolición de la patente sospechosa, quedarán bien compensados: primero, con el hecho de no espeditarse la sucia, sino cuando consta la existencia de una enfermedad de la espresada clase; segundo, con lo que se atenúa el rigor cuarentenario; y tercero, con el aumento de lazaretos, á fin de evitar al comercio viajes, dilaciones y gastos perjudiciales á sus intereses. En los casos de escala ó arribada á puerto apostado, y cuando los buques hayan tenido comunicación ó roce con naves procedentes de puertos en que reine una enfermedad epidémica, se dá á la patente limpia el carácter de sucia, como una de las necesidades sanitarias mejor sentadas.

Dos novedades se han introducido en la ley, con el objeto ambas de favorecer al comercio sin perjuicio de la salud pública. Sabido es de todos que las condiciones sanitarias especiales de la Siria, Egipto y Turquía, reclaman del Occidente garantías necesarias para abrir sus puertos libremente á las procedencias de aquellos pueblos, aun conducidas con patente limpia. Para ocurrir á este perjuicio se destinan médicos con residencia en los espresados territorios que testifiquen cual sea el estado sanitario en que se encuentren, sirviendo su testimonio para sin riesgo acomodar á él la conducta que haya de seguirse con las procedencias de Levante, cuya patente sea limpia. Fúndase la otra innovación en los peligros que, á causa de la rapidez de su navegación, ofrecen los buques de vapor que se dedican al transporte de viajeros, por un lado, y por otro en la necesidad de oponer al comercio las menores trabas sanitarias posibles, por lo que, á ejemplo de otras naciones, dispone el proyecto que las espresadas embarcaciones lleven á bordo un profesor médico, consiguientemente así, unas veces abreviar las cuarentenas, libertarse otras de medidas higiénicas, costosas y dilatorias, y alcanzar en todo caso una buena dirección higiénica y cumplida asistencia facultativa para los tripulantes y pasajeros.

No pueden sostenerse con el progreso que el comercio y la industria han adquirido en los últimos años, auxiliados por las ciencias naturales, sin perjudicar gravemente sus intereses, las largas cuarentenas que nuestra actual legislación sanitaria prescribe, mas molestas si se quiere, á causa de los excesos á que naturalmente conduce á los hombres el exagerado deseo de conservar su vida en los momentos en que una epidemia amenaza con sus estragos. Las lecciones que la última invasión del *cólera morbo* nos ha dado, dejaron conocer bien los inconvenientes que con-

sigo lleva el rigor de las medidas coercitivas, ó mas bien su excesiva prolongación. Menester era, pues, modificar en algun tanto el largo período de las cuarentenas; pero entre esto, y el reducirlas al muy corto que por algunas naciones se pretende, hay notable diferencia. El de tres á cinco dias para el *cólera morbo*, el de cinco á siete para la *fiebre amarilla*, el de diez á quince para la *peste levantina*, que entre otros pueblos han adoptado la Francia y la Inglaterra, lo esplican bien sus situaciones topográficas y la importancia industrial y mercantil de ambas potencias, pero no pueden en manera alguna aplicarse á nuestro territorio.

La extensión de las costas ibéricas, sus muchos puertos, su proximidad á la península africana y al continente asiático, y sus frecuentes relaciones con los estados americanos, puntos originarios de las epidemias mas principalmente conocidas, espondrían á nuestro país á continuas calamidades, de las que apenas libertarse puede, aun á costa de un sistema cuarentenario bien entendido. Por eso, deseando conciliar el proyecto los intereses comerciales con la salud pública, adopta el término medio entre la excesiva prolongación de las cuarentenas á que en el día se sujeta á los buques, y la insuficiente que en la Francia y en la Inglaterra prevalece.

No son solas las cuarentenas las medidas higiénicas marítimas que la preservación de las epidemias reclama. Hay otras que deben tener lugar á la salida de los buques; otras durante su travesía, y otras, finalmente, á su llegada. Corresponden á las primeras la observación, vigilancia y comprobación del estado sanitario del país; la verificación y reconocimiento de los buques dispuestos para partir, de su cargamento y víveres, como también de la salud de las tripulaciones. Durante la travesía debe mantenerse el buque en buen estado de ventilación y limpieza; llevar los buques de vapor que se dedican al transporte de viajeros un médico á bordo encargado de la salud de estos y de la tripulación; procurar el mayor aseo y limpieza en el buque y las personas, y por último, apuntar día por día las novedades que ocurran, y cuanto ofrezcan de interés para la salud pública. Finalmente, corresponde á las terceras el reconocimiento del buque para admitirle ó no desde luego á libre plática; el baño y otros medios de limpieza corporal; remover y mudar de sitio á bordo, las mercaderías; la incineración ó la sumersión á distancia, en el mar, de las sustancias alimenticias ó bebidas torcidas ó averiadas, así como de las mercaderías de naturaleza orgánica fermentada ó corrompidas; el lavado de la ropa blanca y vestidos de la tripulación; la limpieza de la sala, la completa evacuación de las aguas y la desinfección de la sentina; el ventileo de todo el buque, en particular de sus partes profundas, y las fumigaciones clóricas; el baldeo, lavado y raspado de las embarcaciones.

Mejor que las medidas coercitivas mas esquisitas, que el aislamiento mas completo, obran en beneficio de la salud pública, las precedentes. Por eso se les ha dado en el proyecto tan privilegiado lugar. Con la continuación de solo dos lazaretos sucios, no es posible atender, como conviene al comercio, á la expedición fácil y cómoda de las cuarentenas y medidas higiénicas, y menos cuando el uno de ellos, el de Vigo, no cuenta con los locales suficientes para acoger el número de pasajeros y tripulantes que con frecuencia se reúnen, ni con almácenos bastantes para el depósito de los cargamentos. Referir á cuantas quejas y demandas haya dado lugar esta circunstancia, y cuántos perjuicios haya ocasionado á los intereses mercantiles, á nada conduce; suficiente es saber que son muchas las ocasiones en las que los buques han tenido que esperar mas tiempo, para ser recibidos en los lazaretos, que el que les imponían las cuarentenas. Para evitar, pues, males de tanta trascendencia, se crean dos lazaretos mas: uno en el Océano, y otro á la embocadura del Mediterráneo.

Determina igualmente el proyecto qué derechos deberán exigirse en adelante en los puertos y en los lazaretos, con tanto mayor motivo, cuanto que la variedad de estos ocasiona frecuentísimas reclamaciones de parte de los cónsules extranjeros, siendo por lo mismo de grande interés establecer la posible uniformidad entre las potencias de Europa. Pero al hacer esta reforma, debía la ley atender á dejar cubiertos los crecidos gastos que la sanidad origina en una nación rodeada casi completamente por dos mares, y que cuenta con numerosos puertos habilitados para el comercio. Todas estas dificultades quedan vencidas, hasta donde es posible, con ventajas comunes para la administración sanitaria, para el tesoro público, que no tendrá que cubrir en adelante el déficit de los gastos de sanidad, y en fin, para el comercio marítimo. Abolido el derecho de patente, que es cuantioso, reducidas muchas de las cuarentenas, y facilitándolas con el aumento de dos lazaretos sucios, limitados los espurgos á corto número de mercaderías y cesando, en fin, mil diversos gastos y gabelas que la marina mercante en el día sufre, necesariamente ha de resultar inmenso ahorro de tiempo y de dinero para el comercio.

Con arreglo á la tarifa que á la ley acompaña, no pagarán otro derecho las embarcaciones que el de entrada, cuando es limpia su patente, y aquel y el de cuarentena en los lazaretos y puertos de observación cuando no lo es. Quedan reducidos así los derechos sanitarios á corto número; se alcanza, por otra parte, que sean iguales para todos los buques nacionales y extranjeros; que tengan término las reclamaciones y quejas que cada día se suscitan; que haya grande armonía entre todos los países que bañan los dos mares, y la de poder calcular anticipadamente y con exactitud los gastos que en el viaje hayan de originarse, dato seguro para cualquiera especulación. Resultarán al propio tiempo muy disminuidos los derechos de cuarentena y de lazareto, ya por ser módicos los que se proponen, ya también por lo mucho que se reduce la duración de las cuarentenas, y por lo corto que ha de ser el número de los géneros susceptibles.

Una vez admitido el principio de no imponer á la na-

vegación mas cargas que las puramente indispensables para cubrir los gastos del servicio sanitario, facilísimo será disminuir en adelante los derechos, si resultare una cantidad excedente, ó aumentarlos, por el contrario, si lo opuesto apareciese.

Menester es convenir en que tan fáciles como son de adoptar y eficaces en sus resultados las medidas sanitarias por mar, su determinación en el interior es muy difícil, autora de no pequeños inconvenientes, y de escasas ó de ningunas consecuencias. No es lo mismo aislar un buque en medio de un puerto ó de una bahía, que el hacerlo con un pueblo, con un distrito, con una provincia, con un Estado. La marcha tortuosa, las anomalías que en su curso por las provincias de España y por las de otras naciones ha llevado en los últimos años el *cólera morbo asiático*, son la demostración mas palpable de que toda la prevision del hombre no es bastante á evitar su invasion. Las relaciones de familia, el cambio indispensable entre los pueblos de los artículos de primera necesidad, la facilidad de introducirse una persona infectada en el pueblo mas bien resguardado, son argumentos muy poderosos contra el aislamiento y las medidas coercitivas aplicadas al interior. Y si bien no podrá hallarse un ejemplo en la historia de las epidemias que en épocas distintas han desolado nuestro país, de que un territorio haya evitado tan funesta calamidad con el aislamiento mas riguroso; por el contrario, las páginas de aquella demuestran, á cuanto desorden, á qué confusión, á cuántos actos de inhumana ferocidad y de inconcebible vandalismo han dado lugar las repetidas medidas. Pero ya que la preocupación ó la razón no permitan negar ó prohibir de un modo absoluto las medidas coercitivas en el interior, preciso es que la adopción y aplicación de estas quede reservada exclusivamente al Gobierno. Nada acerca del particular podía contener la ley; lo único que alcanzar le era lícito fué la reforma conveniente de las juntas provinciales de partido y municipales de sanidad, dando en ellas mayor ascendiente á la ciencia que á los intereses particulares; dictar disposiciones para que los pueblos, en caso de aflicción, no se vieran privados de los auxilios de las mismas ciencias, arrancando á sus profesores de la abyección en que en muchos puntos se encuentran, revistiéndoles del decoro y dignidad que dan prestigio y poder aun al sábio, y haciéndoles ver que los sacrificios extraordinarios que en favor de la humanidad doliente prestan, no les serán como hasta el día estériles, y que la nación les asegura un pasar decoroso para ellos en el desgraciado caso de inutilizarse, y para sus familias en el de sucumbir llenando su deber.

Hay en todos los países cultos, por el hecho mismo de ser necesarias, academias médicas, y todos los gobiernos las dispensan señalada protección, distinguiendo y colmando de honores á las eminencias científicas que las componen. Pero no basta tener academias, porque ni el nombre ni el número de tales sociedades científicas alcanzan á llenar la mira que los gobiernos se proponen al crearlas; lo que interesa principalmente es que merezcan en efecto el dictado de sabias; que se compongan de hombres los mas notables y distinguidos, y que se hallen organizadas convenientemente para prestar al Estado los frutos que pueden producir. No es lo que mas conviene un crecido número de académicos, porque lejos de aumentar su esplendor, rebaja su estimación; pues ni se ambiciona, ni se estima el honoroso nombramiento de académico cuando á considerable número de personas alcanza. Pudiera creerse estraña al proyecto la creación de las academias, y mas todavía de una central de ciencias médicas, igual en categoría á las otras cuatro Reales academias. Mas para destruir este recelo, basta conocer la gran influencia que las academias pueden ejercer, y de hecho ejercen en la sanidad.

Con frecuencia debe tropezar el consejo con graves y hasta insuperables inconvenientes por falta de una academia que le auxilie en alguna de sus tareas. Una corporación poco numerosa, y cuyo carácter no es exclusivamente científico, no puede emprender estudios detenidos y profundos, ni ocuparse en ciertos ensayos y experimentos, de todo punto precisos, por cuanto suministran datos importantes á la administración pública; y de tal imposibilidad ha de resultar precisamente una de estas dos cosas: que por falta de datos dejen de hacerse reformas muy útiles, ó que se lleven á efecto, prescindiendo de los que suministrarian, y esponiéndose á errores de trascendencia. Son de índole muy diversa las tareas que corresponden al consejo de sanidad y las que deben formar los trabajos preferentes de la academia. Toca á esta examinar algunas cuestiones bajo el aspecto científico, entregándolas ya resueltas al consejo. Corresponde asimismo á las academias emitir su opinion en varios y delicados ramos de la administración pública, sobre todo en higiene y sanidad, estudiar la topografía nacional, recogiendo datos acerca de los accidentes atmosféricos, sobre la bondad ó malicia de los alimentos, calidad de las aguas, plantas y demás productos de la tierra, á fin de formar la historia natural médica del país, ilustrando á este con publicaciones, resultado de un estudio concienzudo.

Las subdelegaciones de sanidad segun están organizadas, no es posible que llenen las miras de una buena administración. Como el principal deber de los subdelegados sea vigilar atenta é incesantemente porque se cumplan las disposiciones superiores, así por los facultativos en la parte que les comprenda, como por las autoridades y funcionarios, mal podrán desempeñar sus deberes si no gozan de la suficiente consideración é independencia, al par que de la protección necesaria para el libre y espedito ejercicio de aquellos. El cargo que desempeñan suele acarrearles frecuentemente la antipatía, cuando no la odiosidad, porque tienen que denunciar, sin distinción alguna de personas, cuantos descuidos ó abusos, que mas que en otra profesion se advierten en la práctica de la medicina. Con la reforma que el proyecto introduce, no solo se hallarán cumplidamente desempeñados los deberes que á esta institucion se cometen, sino que al propio tiempo se conseguirá que aspiren á él profesores bien acreditados por sus estudios y por

su buena opinion facultativa, circunstancia no la menos influyente para elevar el cargo de subdelegado de sanidad á la categoría que, por las funciones que le son conexas, le corresponde, con beneficio de la salud y con ventaja de la administración pública. Si la salud pública ha de estar á salvo de las sofisticaciones del comercio, tan frecuentes en los géneros medicinales, es indispensable que el cargo de inspectores de géneros medicinales sea objeto de un cuidado especial. Los géneros comerciales que no tienen aplicación á la salud, pueden y deben circular libremente, aunque estén adulterados; empero no debe suceder esto con los materiales simples que han de servir para la elaboración de medicamentos, ni con los productos químicos que se han de aplicar en su estado de pureza. De permitirse la entrada de sustancias medicamentosas adulteradas por la colicía, ó avariadas por las malas condiciones con que han sido recogidas ó transportadas, se ocasiona un mal infalible á la salud pública, y se defraudan con frecuencia las esperanzas bien fundadas del facultativo. Deben, pues, ser reconocidas y analizadas á su introducción por las aduanas las espresadas sustancias y productos químicos con todo detenimiento y conciencia por persona autorizada al efecto.

Y sobre el beneficio que á la ciencia y á la salud ha de ofrecer esta inspección, producirá otro no despreciable para los ingresos de la hacienda, á la cual quedará un remanente de utilidad superior al gasto que ocasionen estos funcionarios. Porque en el día, que esta vigilancia ó no existe ó existe muy imperfecta, ahora que los análisis no se hacen, es frecuente ver que con nombres supuestos pasan géneros medicinales y productos químicos que deberían pagar un derecho superior al cuádruplo de lo que pagan. Mas con el fin de no hacer tan útil institucion vejatoria al comercio, se ha limitado la inspección de drogas medicinales y de productos químicos á los puntos ó aduanas de primera entrada ó á aquellos á que para su consumo vayan consignados por las guías.

Como uno de los medios terapéuticos mas eficaces para la curación de distintas enfermedades, y para dar á su organizacion la estabilidad y fuerza que acompaña á las leyes, se han comprendido en el proyecto los baños medicinales y el especialísimo preservativo de la viruela.

No podía ocuparse el proyecto de la policía sanitaria interior, sin hacerlo con preferencia de los profesores de las ciencias médicas. Era menester poner un límite al abuso que con tanta frecuencia se observa de intrusarse en el ejercicio hombres que, careciendo del título correspondiente, y lo que es peor, sin los conocimientos especiales del ramo, llevan la desolación y la muerte á las familias, ora aventurando diagnósticos por falta de conocimientos científicos que adornar deben á un profesor, ora recetando á la casualidad, ignorantes de las virtudes medicinales de un simple ó de un compuesto, ora espandiendo en las boticas que detentan, ó que rijan sin capacidad composiciones danosas.

Era indispensable consignar en la ley la prohibición de despachar recetas que no fueran autorizadas por facultativo competente, y ni aun con esta condición, cuando el pedido del medicamento fuera en dosis extraordinaria, á no espresarse en la receta el uso á que se destina. Era tambien necesario confirmar la prohibición del ejercicio simultáneo de la medicina y de la cirugía con el de la farmacia, aun cuando el profesor hubiese obtenido legítimamente los títulos que á ello le autorizaban, alcanzando esta prohibición al caso de que en un pueblo no hubiera farmacéutico. Ni podía dejar de consignarse en la ley, hasta donde llega la libertad del comercio de drogas y de plantas medicinales, y donde principia la ciencia, division quizás muy olvidada, y si no olvidada, de la cual, por desgracia de la humanidad, se abusa no poco. El empirismo, que con sus voceadores charlatanes en unos países, con sus curanderos misteriosos en otros, embauca á las gentes sencillas con específicos y remedios secretos, sin que por esto deje de encontrarse á las veces en las antenas de los poderosos desafiando á la ciencia mas acreditada, y aun espulsándola para apoderarse del doliente, reclamaba un lugar en la ley con el objeto de impedir sus malas consecuencias, mas sin privar á la medicina de aquellas elaboraciones químicas, producto de estudios asiduos, que aplicadas oportunamente en muchos casos, han sido antidotos eficaces en enfermedades dadas.

Convenia distinguir entre el charlatanismo y la ciencia y perseguir á aquel, al propio tiempo que se protegía á esta premiándola prodigiosamente cuando nuevos experimentos, bajo la inspección de personas competentes, confirmasen su bondad. Tampoco podía honestamente desentenderse la ley de dotar á los pueblos de profesores dignos y autorizados que de la asistencia de las clases menesterosas se encargaran, ni de mejorar la posición social de aquellos, sin perjuicio de las atribuciones municipales. Entre la situación del médico titular de un pueblo, antes de la publicación del decreto de 5 de abril de 1854, y la que este les creaba con perjuicio de los derechos é intereses municipales, existe notable diferencia. En la primera época se veían los médicos titulares sujetos al capricho de una municipalidad mas ó menos prudente, que con facilidad olvidaba que aquel individuo reunia muchos años consumidos en largos y penosos estudios, muchas noches de vigilia, y que habia agotado un patrimonio para ofrecer á la humanidad los servicios de mas estima. Mal dotados en general y peor pagados, no era extraño ver se les postergaba al último de los dependientes de la municipalidad, y rebajado con mengua y vergüenza de la clase, uno de los sacerdocios mas respetables.

Si bien el decreto de 5 de abril llenaba las condiciones del mejor servicio médico en beneficio de los pueblos, por su exagerada centralización, por la poca influencia que á las corporaciones municipales daba en la elección de los profesores de que habian de valerse, por los crecidos sueldos que á estos se designaba, sueldos que en muchos pueblos ascendían á mayor cantidad que el total de las contri-

buciones impuestas, necesariamente habia de encontrar al plantearse la mas total resistencia. Se hacia pues indispensable adoptar un término medio que, careciendo de los vicios de la descentralización omnimoda de que en el ramo de médicos titulares adolecía la antigua legislación municipal, salvase tambien los no menores que envolvía la centralización creada por el decreto orgánico de partidos médicos, colocase á esta respetable clase en la independencia conveniente, y la revistiera de la dignidad que tan necesaria le es para el mas ventajoso resultado del ejercicio de sus funciones.

No puede exigirse á clase alguna de la sociedad que preste servicios extraordinarios, ni que ofrezcan su vida en holocausto del bienestar y salud de sus conciudadanos, cuando no se le deja ver en perspectiva la recompensa de su propia abnegación. Un militar que con hechos heroicos se distingue, recibe de su patria el galardón á que su valor y su experiencia y táctica le hicieron acreedor; y si perece abrazado á su bandera, su esposa y sus hijos quedan atendidos por el derecho de viudedad que las leyes les consignan. Con la misma garantía cuentan la magistratura y muchas de las clases de los empleados en la administración del Estado. Solo á los profesores de las ciencias médicas, quizás, se les cree obligados á arrostrar impávidos la muerte, combatiendo contra las epidemias y enfermedades contagiosas, sin que les quede otro porvenir, si se inutilizan ó sucumben por su celo humanitario, que la miseria propia, y en perspectiva, la de sus desgraciadas familias. Cuando tan alto se ha levantado el lema de moralidad y de justicia, no podía permitirse la continuación de tan odiosa desigualdad. Por eso la ley asigna á esta benemérita clase, en los casos de inutilizarse ó sucumbir prestando servicios eminentes, pensiones módicas, si, pero agradables, porque son una recompensa de la patria.

Entre las mejoras que el proyecto introduce, debe contarse como una de las mas importantes la creación de los médicos forenses. Precisan las actuaciones con frecuencia á los tribunales á valerse de la intervención de los profesores del arte de curar. Sin la declaración de estos, que dé su debido valor á ciertos hechos, cuya genuina y exacta apreciación solo pueden determinar los hombres de la ciencia, no es posible sustanciar varios procesos, sin comprometer los fallos á un acusado inocente, ó agravar con injusticia la posición de un culpable, facilitando la impunidad del verdadero reo.

Los Códigos españoles establecen que en los casos de heridas, envenenamientos ó cualesquiera otros atentados de igual género, sean llamados dos ó mas facultativos para que examinen y fijen los hechos con respecto á la ciencia, y declaren acerca de lo que signifiquen, arreglándose á los cánones de la misma; pero no teniendo los alcaldes, los juzgados de primera instancia, ni las audiencias, facultativos previamente nombrados para este servicio, cuyos conocimientos sean la garantía del acierto, surgen á cada paso dificultades de grave trascendencia, puesto que la mayor parte de los profesores idóneos suelen esquivar este penoso servicio, al cual, por otro lado, no puede compelerseles, siendo libre el ejercicio de su profesion. De aquí el que con frecuencia se vean obligados los tribunales á valerse de los primeros profesores que son habidos, naciendo por ello dilaciones mas ó menos prolongadas que paralizan la marcha y tramitación de las causas. Mas de una vez ha sucedido tambien que en casos de envenenamiento nadie ha querido encargarse de los análisis químicos, y ha sido preciso nombrar de Real orden á determinados profesores, imponiéndoles una obligación que debieran mirar como violenta.

Todas estas dificultades desaparecerán con la institucion de los médicos forenses, puesto que tendrán la obligación de acudir adonde fueren necesarios para el desempeño de su cometido.

Con el fin de que el ramo de médicos forenses realice las grandes ventajas que surgirán de su establecimiento, se organizará de modo que todas las autoridades judiciales los obtengan.

Debiendo componerse de especialidades y profesores distinguidos, es menester ofrecerles estímulo, garantía y seguridad; por lo tanto deben ser inamovibles y responsables, como determinará su reglamento.

Tampoco puede ser desempeñado este cargo gratuitamente; es indispensable proveer á su dotación en todo lo que concierne al personal y material del ramo, y estas dotaciones tienen que ser arregladas á los ingresos que produzcan los honorarios que actualmente devengan los profesores, y por tanto no hay necesidad de aumentar ni gravar el presupuesto del Estado.

Las profesiones médicas, como queda espuesto, pueden dar margen en su ejercicio á faltas graves. El código criminal no las califica. ¿Ni cómo pueden calificarse en el ejercicio de una profesion científica, no siendo apreciadas por tribunales de la misma índole?

Las intrusiones en la profesion, los abusos en su ejercicio, aquellos que no aprecia mas que la moral médica y que no juzga ningún código, solo pueden ser depurados por una institucion especial; ni en el caso actual, ni en el estado de la cultura y civilización del siglo, aquella puede ser otra que el jurado médico. Para que este pueda producir los resultados que son de esperar, deberán establecerse en todas las capitales de provincia y en las demás poblaciones que el gobierno acuerde, oído el consejo de sanidad. Compuesto el jurado de profesores que tengan ciertas cualidades, elegidos por suerte, organizados segun se practica en los países mas adelantados, y con arreglo á nuestra situación actual, su fallo lleva todas las probabilidades de acierto que en lo humano caben. No introducir tan ventajosa innovación en un proyecto de ley de sanidad, formulado en el año de 1855, hubiera sido justamente censurable, y mas cuando en el mismo proyecto se descartan de las academias las atribuciones que en el día tienen para conocer en todo lo concerniente á intrusiones, disciplina y moral médica.

La higiene debia llamar muy particularmente la aten-

cion del legislador. En el transcurso de los siglos no ha hecho otra cosa que variar de forma, pero en su esencia siempre ha quedado la misma, siempre su fin ha sido la conservacion de la salud, y el arte de prolongar la vida y de preservarla de las influencias que tienden a perturbar su equilibrio, ó á destruirla completamente. En épocas remotas reduciase la accion benéfica de este importante ramo de la sanidad al hombre aislado; era por tanto individual, y sin embargo en los Códigos civiles de los pueblos mas ilustrados de la antigüedad, se hallaba consignada esta institucion como un precepto legal. Así en los Códigos de Esparta, de Atenas y de Roma, la lucha, la carrera, las termas, la gimnasia, el canto y la danza, eran verdaderas instituciones higiénicas.

Nuevas necesidades, nuevos conocimientos y las lecciones de la experiencia, hicieron que del hombre, de las pequeñas asociaciones ó grupos de individuos, se extendiese la higiénica á los pueblos, á las provincias, en una palabra, á naciones enteras, aumentándose prodigiosamente la esfera de su actividad, y provista de medios no conocidos de nuestros antepasados. Era, pues, no solo conveniente, sino de perentoria necesidad absoluta, que la ley se fijase de una manera especialísima en la higiénica, fundamento y base primera del edificio de sanidad, y sin la cual son muchas veces completamente estériles los esfuerzos de las ciencias médicas. La fiel observancia de las medidas higiénicas sino en todos los casos logra evitar el nacimiento y desarrollo de las enfermedades, consigue al menos con toda seguridad contener en parte su violencia y atenuar sus estragos, prolongando la duracion media de la vida humana; fomenta la poblacion de las naciones; robustece nuestra especie, y llega á producir vigorosas generaciones, siguiéndose de aqui ventajas importantes que se hallan al alcance de todos.

Pero donde son mas ostensibles los beneficios de la higiénica, es en los casos de enfermedades endémicas y epidémicas. En un pantano, en que los ojos del vulgo no ven mas que un depósito de agua cenagosa, descubre la higiénica un foco perjudicial; sobre todo á los individuos que habitan en sus inmediaciones: hé aqui el origen de las tercianas y otras fiebres de carácter mas ó menos grave, que reinan constantemente en ciertas estaciones del año en muchas poblaciones. Si nos fijamos en las epidemias, notaremos que, cuanto mas se descuidan las precauciones higiénicas, tanto mas se ceban aquellas en los pueblos que invaden, escogiendo con preferencia sus victimas entre las clases de la sociedad que menos cuidan de observar sus saludables preceptos; la última invasion del *colera-morbo asiático* en nuestra Península, nos suministra ejemplos elocuentísimos, que demuestran hasta la evidencia estas verdades, y que hacen mas y mas necesaria la vigilancia y la atencion respecto de este ramo de la salud pública.

Queda demostrado que la civilizacion del siglo, el adelanto de las ciencias, con el consiguiente desarrollo de la industria y del comercio; la proteccion que á estas dos fuentes principales de la riqueza pública debe dispensar el legislador prudente, que lo inconexo de la legislacion y la conveniencia de uniformarla con la de las demás naciones, para que si posible fuere, sea una para todos, reclamaba imperiosamente la formacion de una ley orgánica de sanidad, sinó completa, porque no suelen serlo las obras de los hombres, lo mas aproximada á la perfeccion. Con este objeto se ha reformado la organizacion del Consejo de sanidad, se ha dado mas amplitud al personal de su secretaria; se han creado los directores especiales de sanidad, la inspeccion sanitaria, y se ha dado una nueva forma á las juntas de sanidad. Se han introducido variaciones atendibles en las patentes, limitado el período de las cuarentenas; creado dos lazaretos mas de los que en el dia existen, y prevenido la necesidad de nombrar agentes médicos en los estados de Siria, Egipto y Turquía, y obligar á los vapores que conducen pasajeros á llevar médicos á bordo encargados de la higiénica y salud de la tripulacion y viajeros; se han dictado medidas de higiénica marítima que observar deben los comandantes de los buques y gefes de sanidad á la salida durante la travesia, y á la arribada de los buques. Se establece una nueva tarifa de de-

rechos sanitarios uniforme, en la que nuestros barcos pagan á su llegada á los puertos extranjeros, y que, por consistir en un solo derecho, y este módico, acallará las fundadas quejas del comercio marítimo.

Sin prejuzgar el porvenir de las academias médicas, instituidas en el año de 1830, se propone la creacion de una central en esta corte con la denominacion de *Academia de ciencias médicas*, é igual en categoria á las otras cuatro reales academias; se perfecciona la institucion de los subdelegados de sanidad, la inspeccion de géneros medicinales y el ramo de baños; se atiende, huyendo los extremos, á proveer de profesores titulares á todos los hospitales sin rebajar las atribuciones municipales, ni rebajar la dignidad de la profesion: se dictan medidas para evitar la intrusion en el ejercicio de las ciencias y para que no puedan espenderse otros medicamentos secretos que aquellos que hayan hecho reconocer como convenientes á la curacion de las enfermedades, experimentos respectivos, confirmados por el juicio de personas competentes, y se fijan tambien las reglas que los farmacéuticos deberán observar en el despacho de las recetas facultativas en sus oficinas. No siendo equitativo obligar á los hombres á sacrificios extraordinarios sin la oportuna recompensa, se designan pensiones á los profesores de las ciencias médicas que por su celo humanitario, por su propia abnegacion en favor de sus conciudadanos, ó se inutilizan ó sucumbiesen en los casos del desarrollo de una epidemia y en los que se marcarán en una disposicion especial. Se crean los médicos forenses y el jurado médico, instituciones ambas de los mas ventajosos resultados. Por último, se han reunido las mas principales reglas generales de higiénica pública tan recomendadas por todos, como eficaces para la conservacion de la salud pública.

Fundado en las razones que con la estimacion debida se han espuesto, y que en resumen preceden, el ministro que suscribe, de acuerdo con el consejo de ministros, y debidamente autorizado por S. M. la Reina, tiene el honor de someter á las Cortes el adjunto proyecto de ley.

Madrid 27 de marzo de 1855.—El ministro de la Gobernacion, Francisco Santa Cruz.

SOCIEDAD MEDICA GENERAL DE SOCORROS MUTUOS.

Comision central.

reformadas por la Comision central, en uso de las atribuciones que la competen, para el gobierno y administracion de la Sociedad, con arreglo á lo establecido en el Reglamento y en disposiciones posteriores.

INSTRUCCION PARA EL PAGO DE PENSIONES.

Artículo 1.º Los pensionistas deberán presentar para el cobro los documentos espresados en el artículo 63 del Reglamento, en los 15 primeros dias de mayo de noviembre como en el mismo se determina, ocupándose escrupulosamente de su examen las Comisiones provinciales, en las juntas que celebren en el período que media desde la fecha espresada hasta la época del pago, del modo que en el 46 del mismo se consigna.

Art. 2.º Acordarán estas, en la misma época, que se verifique el reconocimiento de los jubilados prescrito en el artículo 43 del Reglamento, encomendando el cargo á alguno de sus vocales ó á algun socio de su confianza; y si no fuera posible practicar esta diligencia por no haber socios en el punto en que resida el interesado ni en sus inmediaciones, se exigirá al pensionista en su lugar una certificacion legalizada de dos profesores de la clase á que corresponda la enfermedad que padezca, uno de los cuales deberá ser el que le asista, en que espresen con exactitud y claridad el asiento del mal, su naturaleza, estension y estado en que se hallare, y si inhabilita al paciente para el ejercicio de su profesion.

Art. 3.º En los documentos que no admitan duda para las Comisiones, se espresará la onformidad de estas

con la fecha del dia en que se despiden y la firma del director y del secretario, anotándose de igual modo los acuerdos para pedir acordadas é informes reservados cuando lo juzgaren oportuno.

Art. 4.º Las referidas acordadas, informes ó nuevos reconocimientos que las Comisiones juzguen conveniente exigir para comprobar la continuacion del derecho de los pensionistas, se unirán á los documentos que estos hubieran presentado; espresándose en ellos la conformidad de aquellas, cuando la hubiere, en la forma prevenida en el artículo que antecede.

Art. 5.º Cuando las Comisiones no hallaren comprobada la legitimidad de los documentos presentados ó el derecho para el cobro de la pension, despues de hechas las averiguaciones correspondientes, lo consignarán tambien en los mismos, de la manera que viene espuesta, para los efectos que á continuacion se determinan.

Art. 6.º Remitidas á las Comisiones provinciales por la Central, las nóminas respectivas, á mediados de mayo y de noviembre, las irán confrontando con los documentos á que se refieren los artículos anteriores, espresando al final de ellas la fecha de la revision y su conformidad, y designando los que, por hallarse en el caso del artículo que precede, ó bien en el del 63 del Reglamento, deban quedar suspensos de pago hasta la resolucion de la Central. Revisadas que sean pasarán, con la firma del director y del secretario, á la tesoreria, para que se haga el pago correspondiente, con arreglo á lo que en ellas aparezca, en las épocas preñadas en el artículo 63 del Reglamento, recogiendo el recibo de los interesados ó de sus representantes legales.

Art. 7.º Al concluir los referidos plazos de pago, pasarán los tesoreros á contaduría las nóminas satisfechas, con nota espresiva de las no abonadas por acuerdo de la Comision, ó por no haberse presentado al cobro; á fin de que, tomando el contador respectivo la debida razon del pago verificado, en su libro de intervencion, pasen al director para que, dando cuenta á la Comision, la remita sin demora á la Central acompañada de los documentos correspondientes.

Art. 8.º El presidente de la Central pasará las nóminas, conforme las vaya recibiendo á la seccion de contabilidad para que las examine y vea si se han cubierto las formalidades establecidas, dando esta cuenta á la Central de lo que aparezca, para que se entere ó determine lo que proceda segun los casos.

Madrid 30 de marzo de 1855.—Por acuerdo de la Comision central, el vicepresidente, **Tomás Santero**, secretario general, **Luis Colodron**.

Secretaria general.

ANUNCIO DE ADMISION.

D. Pablo José Daguino y Gallet, natural de Zaragoza, de 41 años de edad, de estado soltero, profesor de cirugía, residente en Villardompardo, provincia de Jaen, solicita en 15 de enero último ingresar en la Sociedad. (2.º)

Lo que se anuncia por término de treinta dias contados desde la fecha de esta publicacion, segun el art. 12 del reglamento vigente, para que en el espresado plazo puedan los socios dirigir á la Central, por esta secretaria, las reclamaciones que tengan á bien sobre la aptitud del interesado para el ingreso.

Madrid 13 de abril de 1855.—**Luis Colodron**, secretario general.

AVISO.

Se recuerda á los socios que desde el dia 1.º de abril se halla abierto el pago, en las tesorerias provinciales, del segundo plazo del dividendo correspondiente al actual semestre; advirtiéndole que los que no hayan abonado el importe del primer plazo, pueden satisfacer los dos al mismo tiempo, con arreglo á las disposiciones vigentes.—Madrid 13 de abril de 1855.—**Luis Colodron**, secretario general.

NOTA DE LOS SEÑORES SECRETARIOS Y TESOREROS DE LAS COMISIONES PROVINCIALES EN

Comisiones provinciales.

De Madrid, establecida en id.
De Badajoz, establecida en Mérida.
De las Baleares, establecida en Palma.
De Barcelona, establecida en id.
De Burgos, establecida en id.
De Cáceres, establecida en id.
De Cádiz, establecida en Jerez.
De Córdoba, establecida en id.
De la Coruña, establecida en id.
De Girona, establecida en id.
De Granada, establecida en id.
De Huesca, establecida en id.
De Jaen, establecida en Andújar.
De Lérida, establecida en id.
De Logroño, establecida en id.
De Murcia, establecida en id.
De Navarra, establecida en Pamplona.
De Salamanca, establecida en id.
De Santander, establecida en id.
De Sevilla, establecida en id.
De Tarragona, establecida en Reus.
De Valencia, establecida en id.
De Valladolid, establecida en id.
De las Vascongadas, establecida en Vitoria.
De Zaragoza, establecida en id.

Secretarios.

D. Gregorio Uriarte, médico, calle de los Estudios, número 18, cuarto principal.
D. Diego Nevado, farmacéutico.
D. Onofre González, médico.
D. Francisco Arró y Triai, médico-cirujano.
D. Sinfioriano Rullanchas, médico.
D. Antero Hurtado, abogado.
D. Francisco de Paula Barea, médico-cirujano.
D. Dionisio Gonzalez Garcia, cirujano.
D. Francisco Gayoso, cirujano.
D. Joaquín Jubert, médico-cirujano.
D. Antonio Quevedo, médico.
D. Pablo Llanos, médico.
D. Francisco de la Torre y Sanchez, médico.
D. Francisco Felip, médico-cirujano.
D. Jorge Lopez, médico.
D. José Escribano, médico.
D. Pascual Aregui, médico-cirujano.
D. Juan Esteyez, médico.
D. Marcelino Menendez, matemático.
D. Antonio de Torres, médico.
D. Jaime Martí y Justé, cirujano.
D. Francisco de Paula Alafont, médico-cirujano.
D. Pascual Pastor, médico-cirujano.
D. Manuel Garmendia, cirujano.
D. Manuel Pardo Bartolini, farmacéutico.

Tesoreros.

D. Gil Rodriguez, farmacéutico, calle de la Concepcion, número 24, oficina de farmacia.
D. Juan Fraile, cirujano.
D. Pedro Sureda y Sardi, farmacéutico.
D. Rafael Nadal, farmacéutico, plaza de la Moneda, número 9.
D. Manuel Cisneros, cirujano.
D. Andrés Castellano, abogado.
D. José Pérez y Gomez, médico.
D. Francisco Avilés y Cano, farmacéutico.
D. Juan Matías Hernandez, médico.
D. José Lachs Solivas, farmacéutico.
D. Francisco de P. Pontes, F., botica de la Compania.
D. Mariano Buesa, cirujano.
D. Antonio Maria Cledera, médico-cirujano.
D. José Pifarré y Capell, farmacéutico.
D. Ubaldo F. Azcarate, médico, calle Mayor, número 102.
D. Juan Maria Lopez, farmacéutico.
D. Pedro Onsaló, cirujano.
D. Justo Maria la Riva, médico.
D. Joaquin Antonio Quintanilla, farmacéutico.
D. Balbino Marcon, matemático.
D. José Rocamora y Ferrando, médico.
D. Francisco Garcia y Sallés, farmacéutico.
D. Antonio Villar y Macías, farmacéutico.
D. José Páramo, médico.
D. Camilo Sarahana, farmacéutico, calle Mayor, número 92, botica.

CORRESPONDENCIA.

Súplica de un médico puro muy metódico, á los señores redactores de los periódicos médicos.

Señores Directores del Siglo Médico.

Muy señores míos: al leer el proyecto de ley de sanidad que se ha de discutir en el Congreso, se nota que los médicos puros no son llamados á pertenecer á las honorables corporaciones médicas llamadas academias, á pesar de que estas corporaciones no se ocuparán mas que de asuntos puramente médicos. Puesto que por leyes y decretos posteriores á mi reválida me han quitado ó disminuido mis intereses, y por un decreto no añejo, en tiempo de epidemia soy prisionero de guerra, y ahora por una ley piensan quitarme la honra; suplico á Vds. (ó á cualquiera alma caritativa), que siquiera en gracia de haber sido su constante suscriptor desde la fundación de este periódico, se sirvan, si llegase á su noticia que va á salir otra ley que mande ahorcar á los médicos puros, avisármelo con algo de anticipación para tener tiempo de encomendarme á Dios (ya que tan poco me sirve estar sirviendo 20 años á los hombres), y marchar en gracia al otro mundo á ver lo que allí pasa; porque en esta tierra de mari-zápalos está visto que cada paso es un gazapo, y que eso de moralidad y justicia es el ave Fenix, la lámpara incombustible, los doce pares de Francia, las mil y una noches, etc., etc., ó mejor dicho, según el adagio español, dime de qué blasonas, y te diré de lo que careces.

Espero, señores directores, tengan á bien insertar esta súplica en su apreciable periódico, por si alguno lo sabe antes que Vds. y quiere hacer esta obra de caridad.

Es de Vds. su afectísimo suscriptor, BASILIO AMAT Y VALLEJO.—Chinchilla y abril 6 de 1855.

CRÓNICA.

Estado sanitario de Madrid.—La segunda semana del corriente mes no ha dejado de ser fecunda en anomalías y variaciones de tiempo. Así es que la atmósfera tan pronto estuvo despejada como anubarrada, ó con ráfagas y celages. La columna termométrica recorrió la escala desde un grado hasta 22°. A consecuencia de esto y de soplar por las madrugadas el N. E. y por el centro del día el S. E., fué el sentirse fresco en las primeras horas y hasta calor en las restantes, particularmente el miércoles y jueves: el viernes por la noche y el sábado sobrevinieron lloviznas. En la altura del barómetro hubo muy poca variación de la que ha estado marcando estos días.

No hay que prometerse con semejantes vicisitudes atmosféricas, terminaciones completas y felices en las dolencias reinantes, que por otra parte fueron las mismas de que dimos conocimiento á nuestros lectores en el estado sanitario anterior. Sin embargo, las enfermedades sobrevenidas en la segunda semana de abril nada han tenido de numerosas, de graves ni de peligrosas cual pudiera inferirse; y así es que ha habido pocos enfermos, y ha sido escaso, por fortuna el número de las defunciones.

Nos han asegurado que la comisión de diputados que ha de informar á la Asamblea constituyente acerca del proyecto de ley de Sanidad civil presentado por el gobierno, se reúne diariamente con el objeto de dar cuanto antes su opinión en tan importante materia. Siendo esto cierto, es muy posible que este proyecto no tarde mucho en verse convertido en ley del Estado.

Vindicación de la clase médica.—Con este título hemos visto un folleto que en Castellón de la Plana han publicado varios profesores de esta ciudad. Demuéstrase en él los grandes servicios que dichos facultativos han prestado en aquella población, así antes como después de ser invadida del cólera-morbo.

Estadística hospitalaria.—Por el estado de enfermos del Hospital general de esta corte que publica mensualmente el director de este establecimiento, resulta que el total de enfermos existentes en 28 de febrero era de 1518: que en todo el mes de marzo entraron 1277: que han curado 1158 y fallecido 154, quedando en 31 de marzo 1305.

Ejercicio libre de la medicina.—Nos dicen de un pueblo de Andalucía: Hay aquí un médico francés que reclama también la libertad para ejercer en España, puesto que ya no existen Pirineos, dice, entre esta y Francia. Entre otras curaciones estupendas promete extraer, por medio de la química, el mercurio á los que padecen temblores, por inveterados que sean. Me han asegurado esta mañana que se compromete á curar sin operación un voluminoso lipoma y otras cosas por el estilo, á beneficio de la química y de composiciones vegetales, porque los boticarios, dice, despachan cualquiera cosa y no lo que se receta. El subdelegado piensa exigirle la presentación del título, y esto acaso nos ponga mas en ridículo, como interesados en prohibir el ejercicio á un hombre que sabe mas que nosotros. Así anda en todas partes la salud pública.

Moral médica.—Si en un pueblo de esos en que tan mal se retribuye á los facultativos, del antiguo reino de Valencia, por ejemplo, hubiese un profesor honrado y trabajador que percibiese escasamente ocho ó diez reales diarios por fruto de sus afanes, y se presentara otro médico á ofrecer su asistencia á precio mas módico, logrando que el partido quedase abierto y que muchos abandonaran al otro facultativo y mermando sus cortos recursos hasta el punto que es fácil concebir ¿sería este hecho muy conforme con los principios proclamados para la emancipación médica? No citamos nombres propios, y por lo tanto no será culpa nuestra si alguno se encuentra retratado.

Cólera morbo.—Afortunadamente no se ha extendido esta epidemia por las provincias en que se ha presentado estos días. Las noticias recibidas de Zamora no pueden ser mas satisfactorias, pues de unos días á esta parte no se han observado nuevas invasiones. En Salamanca fueron atacados algunos enfermos en el Hospital, de los que fallecieron tres, y otro mas que también terminó infaustamente en el arrabal de la Ribera: la primera autoridad había tomado algunas medidas, entre otras la de establecer un hospital para esta clase de enfermos en el colegio de Calatrava. En Ledesma también se ha presentado epidémicamente y con cierta intensidad, particularmente en el arrabal de las Ventas, en el que ya iban fallecidos cinco coléricos. En Avila estaban alarmados por tener tan próxima la epidemia, y aunque no se ha presentado ningún caso, dicen que no será difícil se desarrolle este verano, si se tienen en cuenta los diferentes focos de infección que existen en aquella ciudad y lo abandonado que está todo lo concerniente á beneficencia y sanidad; pero este es un mal del que rara es la población de nuestra península que no adolezca.

Premios.—La Academia de ciencias ha abierto concurso público, que terminará el 1.º de mayo de 1856, para dar dos premios iguales, uno ordinario y otro extraordinario, que consisten en 6,000 rs. y una medalla de oro á los autores que á juicio de la misma Academia desempeñen satisfactoriamente los temas siguientes:—Premio ordinario.—Asignar los caracteres distintivos del huevo ó semilla que debe producir un individuo masculino ó femenino en las especies universales, tanto zoológicas como botánicas, manifestando todas las fases morfológicas que toman los órganos de la generación hasta llegarse á hacer ostensibles sus diferencias.—Premio extraordinario.—Describir las rocas de una provincia de España y la marcha progresiva de su descomposición, determinando la causa que la produce, presentando la análisis cuantitativa de la tierra vegetal formada de sus detritus, y deduciendo de estos conocimientos y demás circunstancias locales las aplicaciones á la agricultura en general y con especialidad al cultivo de los árboles.

Prevision.—El gobierno francés ha nombrado facultativos que hagan un servicio de guardia permanente en el palacio destinado á la exposición de la industria, proveyéndoles de los medios necesarios para remediar á tiempo cualquier accidente que pueda ocurrir en razón de la extraordinaria concurrencia que se agolpará á aquel sitio.

Pompa fúnebre.—Con la correspondiente á las primeras clases de la sociedad ha sido conducido en París á su última morada el cadáver de la hija mayor del Sr. Velpeau.—Es de la aristocracia, dijo una muger del pueblo al ver pasar la comitiva.—Os engaños, le replicó uno de los acompañantes: es la nieta de un cuchillero. Su padre á fuerza de trabajo y sin deber nada á la intriga, ha ganado lo necesario para dar á su hija la triste dote que estais viendo: es Velpeau el cirujano de la Caridad.—La muger del pueblo se persignó y siguió al cadáver hasta la iglesia.

Hospitales ingleses.—En Inglaterra no sostienen el Estado los hospitales sino que se cubren sus gastos con suscripciones particulares, que á veces llegan á hacerse insuficientes para su objeto. Tal ha sucedido últimamente con uno de los principales hospitales de Londres The University College hospital. Para evitar su ruina se ha organizado un gran banquete, encargando su presidencia á un orador distinguido, lord Granville, quien al fin de la comida pronunció un fervoroso discurso y logró así reunir en breves instantes una suma de 1,287 libras (unos 120,000 rs.).

Mugeres médicas.—Parece que dos señoras de distinción han concurrido hace poco á las lecciones de medicina operatoria del Sr. Fergusson, en Londres, con el objeto de partir para Oriente y prestar sus servicios á los heridos y enfermos del ejército inglés.

Coincidencia singular.—Cuando del 9 al 10 de julio del año último se declaró el cólera en la escuadra rusa del Báltico y en la inglesa al mando del almirante Napier, se presentó también con diferencia de un día en las tripulaciones de los navios ingleses y franceses anclados en el mar Negro. Los cirujanos rusos atribuyeron esta epidemia al deshielo y á las exhalaciones del agua contenida en los buques.

Colchones de aire y agua.—El Sr. Hopper asegura que con esta mezcla se puede dar á los colchones el grado de elasticidad y de blandura mas conveniente para el descanso del cuerpo. Llenándolos solo de aire parece que resultan demasiado duros, y de agua demasiado blandos.

Cirujanos de la marina inglesa.—Se asegura que va á mejorarse su suerte á consecuencia del compromiso que en un numeroso meeting contrayeron no há mucho los estudiantes de las diversas escuelas, de no entrar en el servicio de la armada, si no se aumentaba la consideración de que hasta entonces había disfrutado esta clase de profesores.

Honorarios médicos.—En un litigio seguido ante el tribunal civil del Sena, se acaba de decidir que los honorarios de los facultativos por asistencias prestadas en la última enfermedad de un sugeto, deben satisfacerse de la herencia preferentemente á los derechos de sucesión que corresponden al Estado.

Epidemia.—Se dice que en Bayona y en algunos pueblos de sus inmediaciones se ha desarrollado una calentura que presenta todos los síntomas tifoides; según unos, reina epidémicamente y hace bastantes estragos, mientras que otros aseguran lo contrario.

Huida de un médico.—En un periódico alemán se lee que el Dr. Mandt, uno de los médicos que asistieron en su última enfermedad al emperador Nicolás, ha tenido que abandonar precipitadamente y furtivamente la Rusia por consejo del actual Czar. Entre otros cargos, se le hace el de no haber manifestado con tiempo la gravedad de la dolencia; y también, como si esto fuese una cosa nueva entre esta clase de profesores, el que él

mismo, como homeópata, preparase todos los medicamentos que se administraban al augusto enfermo.

Charlatanismo.—Hay en París un establecimiento industrial con una muestra que dice así: Consultas gratuitas.—De 8 á 12 de la mañana por la medicina antigua.—De 12 á 4 de la tarde por la homeopatía.—De 4 á 8 de la noche por el método de Raspail.—Hay una botica en la casa.—Es decir, que hay para todos los gustos y de valde; no puede darse mas filantropía.

Agregados á la Facultad de medicina de París.—Como es sabido, estos funcionarios se renovaban cada 9 años. Ahora ha decidido la Facultad que este plazo se reduzca á 6 años de servicio activo; pues aun cuando se conserva el de 9, es con la condición de que en lo sucesivo no empiecen á funcionar los nuevamente elegidos sino 3 años después de su nombramiento.

Hospitales para las enfermedades de los ojos en los Estados Unidos de América.—Entre los hospitales oftálmicos de este país, los mas antiguos son el de Nueva York, fundado en 1820 por los doctores Kearney, Rodgers y Edward Delafield; el de Filadelfia en 1821 y el de Boston en 1824.—En un trabajo publicado en 1850 por el Dr. Hirzel, director del asilo de ciegos de la Luisiana, se lee que los Estados Unidos poseían nueve establecimientos para ciegos fundados en el orden siguiente: en Boston, Nueva York, Filadelfia, Colombo, Ohio, Staunton, Virginia, Louisville, Kentucky, Nashville, Tennessee, Indianapolis, Indiana, Jacksonville, y en el Illinois. Los Estados de Mississippi, Michigan y Missouri se preparaban á crear establecimientos análogos. ¡Semejante resultado se ha obtenido en menos de veinte años!

Dos casos de rotura de la coróides.—En los Anales de oftalmología que se publican en Bruselas, leemos dos casos de rotura de esta membrana consecutiva á una lesión del globo ocular.—El examen oftalmoscópico comprobó que la esclerótica, vista al través de la retina, en el sitio en que estaba desgarrada la coróides, producía el reflejo observado en el fondo del ojo. En los dos enfermos existía una alteración constante en la vista.

Estadística oftalmológica.—En el Real hospital oftálmico de Londres (Moorfields) fundado en 1804, se ha asistido en 1853 á 10,421 enfermos oftálmicos: se practicaron 360 operaciones, siendo para ellas 183 de cataratas. Constantemente, pero solo para los casos urgentes, hay 25 camas.

El señor C. Holthome, ayudante de cirujano del hospital de Westminster y encargado de la cátedra de anatomía, acaba de publicar en la capital de Inglaterra sus lecciones sobre el estrabismo, y Alfredo Smee la segunda edición de una obra de medicina popular, titulada: De los ojos y de sus diversas enfermedades.

En Lausana (Suiza) durante los años de 1850 á 1852 ha asistido el Dr. Recordon á 390 enfermos en el hospital oftálmico del asilo para ciegos de dicha ciudad.

Resultado de una nota estadística que ha publicado C. Hennig, que en Leipzig, en los once primeros meses del año de 1853, de 1500 enfermos asistidos en la polí-clínica médica de aquella ciudad, únicamente 40 presentaban afecciones de la vista.

Exposición universal de París.—Han sido nombrados miembros del jurado francés para lo relativo á la farmacia, á la medicina y á la cirugía, los señores Rayer, Nelaton, Melier, Bussy, Bouley, Tardieu y Demarquay.

VACANTES.

LO ESTÁN. La de médico-cirujano de la villa de Bañares, provincia de Logroño, partido de Santo Domingo, en la Rioja; su dotación 200 fanegas de trigo de buena calidad. Las solicitudes hasta el 26 del actual.

—La de médico-cirujano titular de la villa de Villarejo de Salvanes, provincia de Madrid, partido judicial de Chinchón, á 8 leguas de la corte en la carretera de Valencia, dotada con 8,000 rs. satisfechos por mensualidades, ó cuando mas por trimestres con toda puntualidad, y bajo las demás condiciones de la contrata que ha cesado. Las solicitudes hasta el 30 del corriente mes de abril. El número de vecinos es el de unos 700, habiendo ademas cirujano titular.

—La de médico-cirujano de la villa de la Puebla de Sanabria, cabeza de partido judicial en la provincia de Zamora, que tiene 150 á 160 vecinos, dotada con 6,600 rs. anuales, y otras gratificaciones por la asistencia á los enfermos del hospital, y á los de la cárcel del partido. Las solicitudes hasta el día 6 de mayo próximo.

—Médico-cirujano de Montealegre, por haber sido agraciado con la de médico de Villalba el que la obtenia; su dotación 6,000 rs. pagados por trimestres vencidos, 2,000 de los fondos de propios por la asistencia de los pobres y 4,000 de los vecinos. Las solicitudes antes del día 6 de mayo.

—Cirujano de Barcial de la Loma, provincia de Valladolid, partido judicial de Villalon; su dotación 140 rs. por la asistencia de los pobres, que se pagarán por trimestres de los fondos municipales, 50 cargas de trigo, y los derechos por asistir á los partos. Las solicitudes hasta el 7 de mayo.

—La de cirujano de Lomas, provincia de Palencia; su dotación 30 á 31 cargas de trigo. Las solicitudes hasta el 30 del actual.

—La de cirujano de la villa de Husillos, provincia de Palencia; su dotación 40 cargas de trigo anuales. Las solicitudes hasta el 22 de este mes.

—La de cirujano de Campazas, provincia de Leon; su dotación es de 36 á 40 cargas de trigo de buena calidad. Las solicitudes hasta el 6 de mayo próximo.

MADRID.—1855.—IMPRENTA DE MANUEL ROJAS.
Pretil de los Consejos, núm. 3, pral.